

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número  
contiene*

UN ARTICULO DE  
Los HERMANOS QUINTERO



COMENTARIOS POR EL  
ALCALDE DE MADRID



UN CUENTO DE  
BENJAMIN JARNES



UN POEMA DE  
JOSE MARIA ALFARO



Dibujos de ARTECHE, M. ROSA  
BENDALA, HORTELANO,  
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CENTIMOS

F O T O D E A N G E L A R A C I L

# MÁS LUZ MENOS CONSUMO



*Los Tiroleses*

AL COMPRAR  
IDENTIFIQUELA  
POR SU  
EMBALAJE-PRECINTO  
AMARILLO

# PHILIPS SUPER-ARGA

LA LÁMPARA DE DOBLE ESPIRAL

4 MAY 2009

R.3665



El Sr. Alcalde de Madrid inicia con esta "Tarea" del presente número su asidua colaboración en CIUDAD. Es una página de inflamado patriotismo, en la que llama al corazón de los españoles con voces de paz y de concordia.

Benjamín Jarnés, uno de los más pulcros y firmes valores de la nueva España, busca la inspiración del cuento que hoy publicamos en el Oriente lejano, fecundo en leyendas. Prosa de gran estilo y relato de exquisita finura argumental, que Artechte decora con dos ilustraciones magistrales.

"Barcelona" es el título genérico con que Eduardo Blanco-Amor, fervoroso amigo de Cataluña, rotula una serie de crónicas sobre la gran ciudad levantina, cuya publicación inicia con la presente. Se trata de uno de sus trabajos "de andar y ver", que han hecho de la firma de nuestro compañero una de las más cotizadas de la gran prensa argentina.

El Dr. Fernández Cuesta, nuestro colaborador médico, encara en su colaboración presente el tema de los niños en los espectáculos. De su excelente preparación para esta clase de trabajos habla bien claro el hecho de que, en estos días, le haya sido otorgado el Premio Nacional de la Asociación de Escritores Médicos al mejor artículo de divulgación médicosocial.

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

9 de enero de 1935

Núm. 3



Joaquín y Serafín Alvarez Quintero honran las presentes páginas con un delicioso propósito, que titulan "Ambiente de caricatura". La gracia natural de los célebres dramaturgos y su sano humorismo, sin rencores, están presentes en esta deliciosa página, de la más oportuna actualidad. Miguel Gómez, nuestro dibujante, glosa con su maestría habitual, este trabajo.

Angel Aracil contribuye a este número con su notable colaboración gráfica, ya presente en los anteriores. A través de CIUDAD, nuestro compañero está demostrando ser—y ésta es la opinión de nuestros lectores—el mejor periodista-fotógrafo de España. ¡Enhorabuena, Aracil!



## LA SEMANA



CUANDO un castellano rompe a adjetivar ternuras transforma la aspereza de las consonantes y endulza la acritud de la romanía de Castilla. Así cuando se refiere a niños y al paisaje nativo. No hay teoría de matices más sutiles que la que se encuentra en los villancicos populares. Para decir ternuras al Niño Dios, el poeta popular deshoja golosamente adjetivos que son una delicia del oído, un regalo oral para dioses.

El toso romance naciente, resonante de fierros, rebotante de golpes, batallón y rudo, tiene de pronto senos cálidos de ternura. De pronto, el juglar que acaba de describirnos una algara por tierra de infieles rompe la onomatopeya del combate con este modo:

*Ides vos Minaya a Castilla la gentil?*

Y la voz épica del que "en buen hora nació" se quiebra en el piropo a la gentil patria perdida. El vozarrón se hace balido, casi gemido enamorado sobre la pompa vegetal de las barbas jamás mesadas del caudillo. ¡Castilla la gentil!

Hace unas horas he oído un adjetivo de éstos. Se lo he oído a un hombre extrañamente original, conjunto de rarezas españolas, de contrastes casi brutales entre el frío y el fuego, la aspereza rupestre y la ternura inefable. Veinte quilates de español alojados en la breve y campesina arquitectura de César Jalón, cazador de perdiz, caminante empedernido, catador de sutilezas, polemista temible, excelente escritor y bastante ministro de Comunicaciones de la española República.

Era la mañana del jueves, una de esas mañanas que Lope llamó, con exactitud poética, aunque con evidente inexactitud científica:

*las mañanas floridas del invierno.*

Estaba Madrid bajo el fanal nítido de su luz. La geometría carolingia del Paseo del Prado, aun con la huella del cartabón de Ventura Rodríguez y de Villanueva. La pequeña selva colonial del Botánico. La fuente de Apolo. Faroles fernandinos. Veinte grados al sol a las once de la mañana. Y a César Jalón no se le ocurre decir más que esto:

—¡Qué mañanita más cariñosa!

Así no adjetiva a una mañana más que un español.

SI yo tuviera un bosque no lo talaría jamás, aunque se desmigaran de viejos los árboles y aunque cada tronco fuera una pura yesca. Ahora bien: si yo fuera alcalde de una ciudad cortarían sin piedad por el pie todos los árboles que amenazarán ruina o estuvieran enfermos. La diferencia de conducta nace del hecho de que mi vida es limitada, y la vida de una ciudad no. Yo no podría gozar de mi bosque si empezara a talarlo. Porque un bosque tarda cien años en hacerse. Pero la ciudad puede tener siempre el parque lozano y maduro, en toda la pomposa belleza de sus músculos vegetales.

Existen en Madrid paseos de árboles de madera vil, como tuberculosa, que se descascara, que no resiste, con su entraña quebradiza y caduca, el viento duro de la altiplanicie. Pero cada vez que el Municipio intenta una renovación, se desborda por la fácil grieta del lugar común un río de lágrimas.

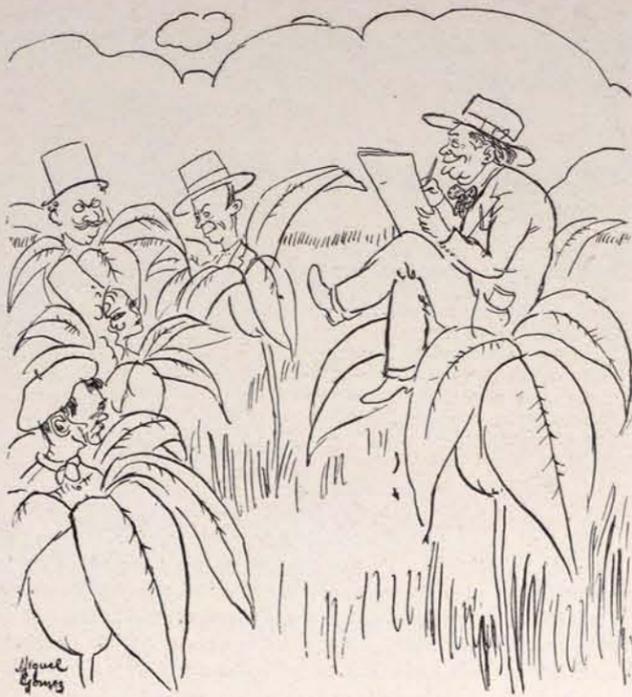
Se trata de un Guadiana sentimental de ciertos madrileños llorones de por sí. Este Guadiana se oculta por temporadas, y de pronto aparece gesticulante porque derriban aquella birria de teatro Apolo o los caserones de Caballerizas: al fin y al cabo una cuadra.

Claro está que tampoco propugno un *tempo* epiléptico en el hacha municipal, ni me parecería bien que de la noche a la mañana los árboles tuberculosos fueran suplantados por las tiernas varas de unos plantones. Pero un temperamento discreto se podía tomar. Lo primero que hay que hacer es estudiar de una manera científica y estética el problema de la flora urbana madrileña. Para esto se requiere algo más que un horticultor y algo menos que un poeta. Parece que este sujeto se llama un arquitecto de parques y jardines. Podría ensayarse la creación de este oficio municipal. Hay una pollada de arquitectos españoles maravillosamente preparada, capaz de devolver a Madrid su señorial fisonomía de una manera permanente.

Podría ocurrir que de la noche a la mañana ese deplorable jardinillo del Salón del Prado, que ha devorado fuentes bellísimas y bancos de piedra de finísimo dibujo, cobrara su naturaleza de jardín superurbano, mediante una tala inteligente e implacable de unas palmeras ridículas, escobillones sucios, limpiachimeneas, al lado de las hojas charoladas de los magnolios y los alamares de los mirtos. O frente a la severa y clásica solemnidad de los olmos castellanos.

Repito. Si yo tuviera un bosque para mí, aunque fuera de palmeras como escobillones, haría cualquier cosa menos talarlo: soltaría leones, por ejemplo. Pero ¡si yo fuera alcalde de Madrid...!





Es el que respiramos todos.

A no dudar, en los tiempos que corren, o vuelan, hay entre nosotros más y mejores caricaturistas que nunca. Circunscribiéndonos a España, ¿no es de admirar el plantel de ellos que alegran y amenizan con sus lápices las páginas de diarios y revistas, mostrándonos continuamente los vicios, deformidades y corruptelas de usos, costumbres y personas? ¡Benditos sean ellos, que así nos divierten con sus donaires y agudezas en medio de las preocupaciones y amarguras sociales, que a todos nos tienen en un ¡ay!, con el alma en la boca!

Y ¿a qué se debe el curioso y bienhechor fenómeno? ¿Por qué el caricaturista florece hoy en tan espléndida primavera, y surge en todas partes como duendecillo burlón y risueño? La respuesta salta en los puntos de la pluma antes de escribirla: porque el medio lo favorece; porque el medio lo da. Hoy, copiando o comentando la vida—y a pesar de las tragedias diarias y de los dramas desarrollados o latentes, que a nadie se ocultan y que ponen miedo en el corazón—con la pluma, con el lápiz o con el pincel, se da por fuerza en caricaturista.

Los dos aspectos más considerables de la *pandereta nacional* de siempre en España son la política y los toros. La política suele ofrecer trágicos perfiles, que los caricaturistas subrayan con gracia, con ironía o con sarcasmo. ¿Y el lenguaje, tan absurdo como desconocido, en que se escriben algunas revistas taurinas, no ha puesto un límite a lo cómico? ¿Qué héroe de la Humanidad, sabio, aventurero o artista, mereció nunca tan desaforados ditirambos, tan místicos arrobos, tal pedrea de neologismos inverosímiles como los que se le dedican un día y otro al lidiador H o al matador B? Pues ¿y las recompensas que la multitud enajenada le ofrece al héroe, con inaudito frenesí, en premio a su destreza, temeridad o arrojo? Bastaba antaño, para significar a un torero la admiración del público por una faena sobresaliente, llenarle el ruedo, en honor suyo, y durante el estruendo de las palmas y de la música, de cigarros y de sombreros. Y si la faena era por extremo excepcional, los blancos pañuelos de los espectadores, como que nevaban, agitándose gradas y tendidos para pedirle así al presidente de la corrida, como supremo galardón debido al héroe de la tarde, el precioso regalo de una de las orejas del cornúpeto. Hoy esto es poco menos



que una grita. Hoy se le da, primero, una oreja; y luego, la otra; y después, el rabo, y enseguida, una pata, y a continuación, otra pata... ¡Todo parece poco! ¿Qué va a pasar mañana si no se refrena o modifica esta costumbre? ¿Qué otra cosa se le va a cortar ya al pobre bicho para regalársela al matador? ¡Mucho más sencillo y bastante menos cruel sería que las mulillas lo arrastraran entero hasta la fonda y se lo dejasen en su cuarto!

¿No es esto, lector, imperio inconcebible de la caricatura?

Y como da la pícaro casualidad de que en esta querida España la llamada fiesta nacional hace ley, y todo se juzga aquí a lo taurino, el teatro se ha contaminado ya de semejantes exaltaciones y exorbitancias, y es de ver cómo se pregonan algunos éxitos y en qué jerga brutal suele hablarse entre la gente del oficio.

Es frecuente oír en el ensayo general de una obra dramática, haciendo notar una bella frase:

—Aquí van a rugir.

A rugir! ¡Nada menos! Y claro es que no se ha entendido ni saboreado la sublime frase si no se ruge. Pues cuando lo que se celebra es cosa de gracia, cuenten ustedes con oír:

—¡En esto, se mondan!

NADA de reírse a mandíbula batiente ni de desternillarse de risa siquiera. ¡Es menester *mondarse*! Y si uno no se monda, es un envidioso. ¡Dios mío!, ¿qué género de carcajada hay que lanzar para perder hasta el pellejo?



AMBIENTE DE CARICATURA

DOR

SERAFIN Y JOAQUIN  
ALVAREZ QUINTERO



Los éxitos ya no basta que sean extraordinarios o excepcionales. Hoy el éxito ha de ser *cumbre, bomba, apoteósico, de clamor, de escándalo*. ¿Qué menos?

EL autor triunfante, o los autores, no han de salir a escena al final de los actos sino tres o cuatro veces en medio de la representación, como inesperados personajes de la obra. De no hacerlo así, aquello es un fracaso. Y si el hombre, o los hombres, se resisten a dar el espectáculo, porque les repugne la costumbre o por modestia, el cuadro que se ofrece a sus ojos es desolador: los intérpretes han abandonado la situación respectiva en que se hallan y corren en su busca afanosos, como en cumplimiento de un deber sagrado; el empresario llega sudoroso de la sala, poseído de extraña exaltación, a pedir angustiado que se comparezca en escena, con palabras por este orden:

—¡Salgan ustedes, por Dios, que si no, esto se enfría!

¡Así! ¡Se enfría! ¡Cualquiera enfría a la sala, según está!

Si lo que se estrena es una revista o una zarzuela, no es posible que las típles sean simplemente guapas, atractivas, elegantes; no, señor: han de ser *despiportantes, descacharrantes, desolipantes*; de las que *electrocutan*.

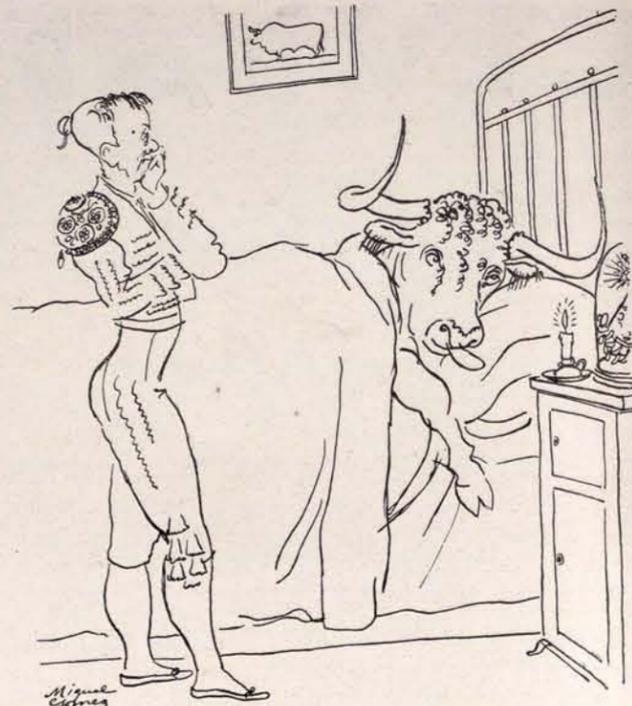
EN cuanto a los números de música, como no se repitan todos, y varios se *tripitan*—que dicen algunos—, se compadece al compositor. ¡No ha estado feliz esta vez!

Y al final de la representación, encadenados de la mano, en guirnalda humana, que abarca de topes a arrojés, salen a saludar al respetable público los tres o cuatro ingenios, el pintor, el sastre, el director de escena, los apuntadores, el empresario, el electricista, el guardarropa y los bomberos.

¡O aquello no ha gustado!

Y como la locura es contagiosa, y las críticas se escriben todavía bajo los efectos de esa calentura, a lo mejor lee usted en un periódico:

“El primer acto es definitivo.”



Así. ¿Para qué andarse por las ramas? Aquello es perfecto, incommovible. No hay que quitar ni poner una coma. ¡Señor, definitivo!

Y va usted a verlo ingenuamente..., ¡y lo definitivo es otra cosa!

A DÓNDE vamos a parar por este camino? Volvamos en sí, como dijo el otro, y restituyamos a los hechos y a las palabras que los definen su justo y exacto valor.

Y así, Dios nos dé en la actual temporada dramas y comedias que cautiven, emocionen y deleiten al público noblemente, sin que nadie ruja ni dé alaridos; obras cómicas que recojen y diviertan, sin que ningún espectador *se tronche, se monde ni se descarrille*, ni menos necesite serrín en el piso; zarzuelas entretenidas e interesantes, de música inspirada y feliz, sea de elevados tonos, sea de aire garboso y popular. ¡Y no se tome la repetición de los números como única medida de sus quilates artísticos!

Y esos dramas, comedias y zarzuelas, que cobren vida sobre la escena merced al arte y al estudio de actrices bellas, inteligentes, expresivas, admirables por su palmito y su talento; y de actores finos, aplicados, amantes de su profesión, ingeniosos, de conciencia artística...

Y que el público que nos juzgue a todos sea culto, atento y bien intencionado, y no pida nunca, por contagio del circo taurino, la cabeza de ningún autor.

Ni la oreja siquiera.

HUYAMOS de la caricatura, y serán más y más positivos los triunfos de todos.

Y el mismo público no se llamará a engaño cuando la obra que se le ofrezca no responda al desmesurado y caricaturesco anuncio de ella, y se contentarán mil veces, sin necesidad de platos fuertes, terriblemente fuertes, con platos gustosos y suaves, de los que ahora parece como alejado o insatisfecho.

A UNQUE no vea nunca ninguna escena en que los espectadores *se pongan de pie*, ni oiga ningún número de música que quite la cabeza!





Final del Paseo de Gracia.



Panorama desde los jardines del Montjuich.

Barcelona se tendió desnuda y blanca de mármoles una mañana del tiempo, en la llanura caliza, frente a un mar de esmaltes y músicas, que tenía en la otra ribera el primor sereno del dorio y la solemnidad acompañada del latino. Frente a su reposo pentélico, el Oriente trenzó sus danzas y quemó páginas de epopeyas sin nombres, donde los periplos de velas rojas, al consumirse en llamas de leyenda, dejaban el aire para siempre pintado de púrpuras mesopotámicas y los penachos de las olas ilustres, aromados de ámbar y azahar. Las birremes de la noble especiería le trajeron sedas, cerámicas y menciones de mundos lejanos, bajo el vuelo de la canción hirsuta del navegante fenicio, coronado de pedrería, como un dios. Las quillas abrían el surco, rompiendo cristales verdes, bajo el aleteo de las velas rojas, como amapolas asustadas. Y por las estradas de espuma vino después una Roma de bronce a traerle la armadura de bronce de la ley. Y así fué desperezando anchuras lentas en magníficas calmas creadoras, hasta llenar con su cuerpo todo el lecho del valle. Luego vistió brinquillos de azulejos mudéjares. El tiempo románico la cubrió, con su coyunda bella y fuerte, de arcos de medio punto, y el ojival la rizó con morosas y finas orfebrerías de piedra. Y aun hoy conserva, centrada en su corazón, esa acrópolis cristiana, maravilla de suntuosidad y de primor, que no desequilibra ningún exceso ni envilece ningún remiendo. Los pomposos tiempos de la borbonería ciñeron a Barcelona con los graves corsés de aquella arquitectura neoclásicoadministrativa, tan cara a los encasacados alarifes que trajera el francés para que aplicasen a la arbitraria pelambrea ibérica los buenos modos cosméticos de los Trianonos gabachos. Mas después, la centuria décimonona—que se inauguró apilando muertos al pie de las murallas, donde vírgenes que “no querían ser francesas” electrizaron a los guerrilleros con el vino caliente de las jotas, y que acabó bailando cancanes y vales de las olas y organizando exposiciones universales donde se exhibían el “coche de fuego” y la máquina parlante—dió a esta ciudad sus traficantes, sus anarquistas, sus líricos, sus orfeones y su simpatía irresistible hacia las atracciones mecánicas, símbolo ocioso de su futuro maquinismo, su dialéctica federalista y su arquitectura caprichosa y literaria, acabando con ello de dibujarle su actual fisonomía en lo físico y en lo espiritual. Barcelona todavía es hoy un poco así muy siglo XIX: bonachona e iracunda; metódica y arbitraria; gran dama y zaparrastrosa. Pero todo le queda bien y todo es ella: la pringue del andrajo y el crujido del gros; la ambiciosa urbanización del ensanche, trozo de la mejor Europa posible y el rubor pintoresco del barrio chino, cochambre del oriente más imposible.



Entrada a las Ramblas.



# Barcelona

P O R

EDUARDO BLANCO AMOR

*Al náxer amazona, de mur te coronares,  
mes pronte ta crexensa rompé l'estret cordó;  
tres voltes te'l cenyires, tres voltes lo trencares,  
per sobre el clos de pedra saltant com un leó...*

VERDAGUER.—“Oda a Barcelona”.



Paseo de Colón y Aduana.

Al finalizar el siglo se produjo en Barcelona un cataclismo estético, que a poco la sepulta: la arquitectura de Gaudí. Gaudí fué un magnífico alucinado, que se empeñó en poner todas las enérgicas posibilidades del hierro y del cemento al servicio de un estética cavernaria. Casas como montañas, llenas de cuevas; moles palaciegas con un odio personal y sostenido a la línea esencialmente arquitectónica, que es la recta; torres como volcanes en erupción; balcones de algas con balaustradas de moluscos sobre paredes que semejan cascadas de barro y monumentos con figuras próceres, sentadas irreverentemente sobre coliflores de tres metros de diámetro. Estética comestible y bebestible. El rastro de Gaudí y sus imitadores resume una presencia de Barcelona, que nos habla de industriales fachendosos, más rápidamente enriquecidos de dinero que de buen gusto; de unos municipales vagamente ruskinianos; de un esteticismo de orfeones que cantan escenas de caza con trompas y ladridos. Lo pintoresco, elevado a dogma. Transición hacia ambiciones más estéticamente universales a través de la lente francesa, desde luego, y patriótica terquedad nacionalista que aspira a imponer valores ajenos a la política, creados políticamente. Y sin embargo, con todo lo apriorístico y teorizante del arte de Gaudí—su gran ciencia no se discute—, hay que reconocerle un intento de asimilismo de aquellos modelos más racialmente clásicos y sentidos por el alma popular: el gótico mediterráneo, por ejemplo. Pero, sobre todo, de asimilismo del paisaje catalán; más exactamente, de la orografía catalana, a la que quiso dar representación y método en la arquitectura de las ciudades. Esto se comprende cuando se visitan las montañas señeras de aquel país, la de Monserrat, pongo por caso, que parece proyectada por el propio Gaudí, con las formas redondeadas y rítmicas de sus roquedos, cuya entraña está toda matizada de las consabidas conchas y caparazones. Pero si bien Gaudí, desde la perspectiva de nuestro tiempo, puede parecer estéticamente un equivocado, de lo que no hay duda es de que fué líricamente un gran catalán que puso todos los secretos de su saber al servicio de una idea tan generosamente peligrosa como es la de intentar traer las sierras a las calles. Y el hecho de que encontrase ayuda financiera para sus costosas fantasías nos sirve de clave para explicarnos una época bien interesante, por cierto, en la evolución del espíritu barcelonés.

Todo esto se suma en la unidad totalitaria de Barcelona. Dios puso a esta ciudad frente a dos coquetías, como los pintores renacentistas ponían espejos en las manos de sus Venus. Que dos espejos son las colinas del Tibidabo y del Montjuich. Desde cualquiera de ellas, Barcelona se ve, limpia de anécdotas arquitectónicas, en los claros azogues elevados, en toda su fuerte y amplia presencia de gran ciudad del mundo.

## LAS RAMBLAS

Al intentar una parcelación más descriptiva que interpretativa de esta animosa Barcelona, es de justicia que pongamos a su frente, como un cartel, las Ramblas. O la Rambla, como se dice allí, con entrañable autonomasia. Porque la Rambla es la columna vertebral de Barcelona. Y rozamos este tópico para añadirle que es columna vertebral, pero con medula y todo, porque es osamenta y nervio, materia y vibración. Lo es en la topografía orgánica de la ciudad tanto como en su cometido funcional. La Rambla es el índice de toda la vida de Barcelona y el centro de reacción de todo cuanto desde el mundo acciona sobre Barcelona. Es su ágora política, su jardín galante, su mentidero deportivo. Cualquier acontecer ciudadano, regional, nacional o universal se refleja de inmediato en la Rambla, como las sensaciones periféricas en el sistema nervioso central. Lo que no pasa por la Rambla, es como si no sucediese. Y para que nada le falte, Europa y el mundo asoman allí sus cabezas de bocas abiertas en las titulares políglotas de los diarios que gritan en una garrulería de varios idiomas por medio de esos altavoces publicitarios de Europa y América, que son los quioscos de la Rambla.

La disposición de esta calle, práctica y original, realiza un ideal de urbanismo práctico. El centro lo ocupa una estrada de unos 15 metros, lisa y pulida como un salón, bordeada de grandes árboles y destinada exclusivamente a los peatones. El tráfico rueda a ambos lados por dos calzadas destinadas a este fin; luego, siguiendo la línea de la edificación, dos aceras para transeúntes. Como la gran vía central está aislada de las tiendas y enmarcada por los árboles, que en verano llegan a cerrar sus copas en forma de túnel, el público no va allí a otra cosa que a pasear. En el tramo principal de la Rambla, desde el mar hasta la plaza de Cataluña, hay gentes paseando a todas las horas del día, es decir, a las veinticuatro horas del día astronómico. A las cinco de la tarde, una muchedumbre; a las cinco de la mañana, unos cuantos vagos, cómicos y “bañones”. Pero a todas las horas del día y de la noche hay gente paseando por la Rambla. En verano, para tomar el fresco; en invierno, para entrar en calor; de noche, comentando lo que ocurrió en el día, y de día, pronosticando lo que sucederá en la noche. Si llueve un poco, no se hace caso y se sigue paseando, y si llueve mucho, se va a casa en busca de un impermeable... y ¡a pasear! Estos paseantes de la Rambla parecen los penados a unos trabajos forzados, sonrientes y divertidos; paseantes a destajo; concursantes de un insólito campeonato de postas paseantes, que durará cien generaciones; sacerdotes fanatizados de un culto giróvago y peripatético... ¡Vaya uno a saber!

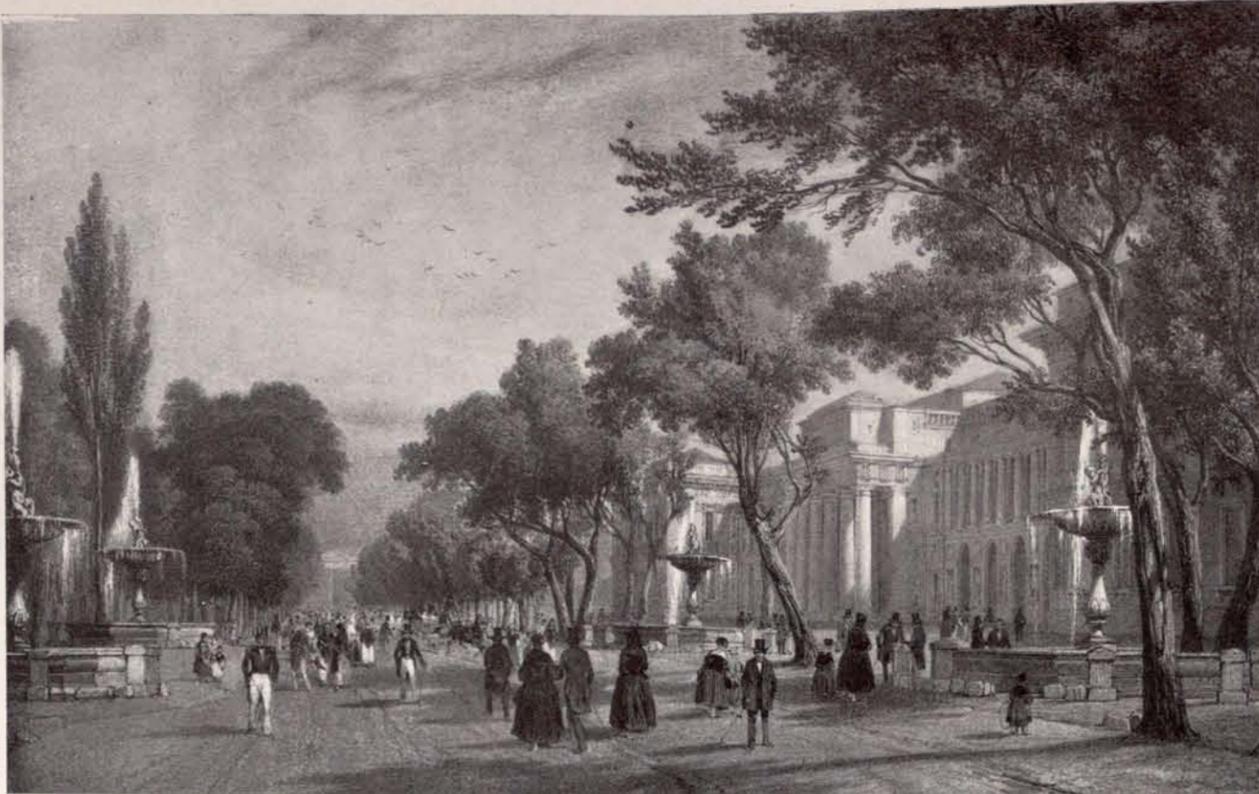
Con el crepúsculo llegan, desde unos dóndes totalmente misteriosos, nubes espesísimas de gorriones, que vienen a columpiar su descaro burlón en las ramas de los grandes plátanos. Son tantos, que los árboles, todavía desnudos por el expolio de la invernía, se encuentran de pronto cubiertos con una primavera nocturna de plumas inquietas. Los barcelonés aman a estos graciosos golfllos de la pajarraquería y suelen referir, con pena, cómo algunas veces una granizada o un fuerte temporal deja la Rambla alfombrada de cuerpillos agonizantes. A veces cometen algunos irrespetuosos desaguisados, que suelen caer sobre las solapas y los sombreros de los paseantes. Entonces, el barcelonés “elegido” protesta y dice ferocidades acerca de los concejales, pero sigue amando a sus pequeños amigos vespertinos. Y total, ¿qué? Una descortesía que puede sacarse con un cepillo al llegar a casa no es motivo para desear que granice cada día.

Y la Rambla tiene también su momento mágico, exaltado, irreal: al mediodía, cuando los bordes de su calzada central desaparecen bajo los incendios versícromos de los puestos de flores—millones de flores—y de los tendales de vendedores de canarios. Entre el doble escándalo del trino y del pétalo—fiesta para los ojos y el oído—, las tiendas, las oficinas, los talleres y las fábricas vuelcan sobre las calles, en cuyos medios un sol con traje de luces hace su más dorada faena, una juventud animosa, optimista, clara, en cuyos labios se abre la risa con un rumor y un color también de trino y pétalo.

Y queden para otra ocasión los otros arpegios de esta alegría barcelonesa.

Litografía de

la colección



de Don Julio B. Me-

léndez, Madrid

Cuando se habla de Madrid, las dos primeras ideas que esta palabra suscita en la imaginación son el Prado y la Puerta del Sol. El Prado se compone de varias avenidas con una calzada en medio para los carruajes. Comienza en el convento de Atocha; pasa por delante de la Puerta de este nombre, y termina en la Puerta de Recoletos. Allí se encuentra un gran espacio, que se llama el Salón, rodeado de sillas, como la gran avenida de las Tullerías; al lado del Salón hay otra avenida, que se llama de París, y como la imaginación de los elegantes no brilla por su afición a lo pintoresco, han elegido el sitio más polvoriento, el menos sombreado, el menos cómodo de todo el paseo. La aglomeración es tan grande en este espacio estrecho, que a veces cuesta trabajo llevarse la mano al bolsillo para sacar el pañuelo; hay que acelerar el paso y seguir la fila, como en la cola de un teatro, cuando en los teatros se hacía cola. La única razón para que hayan elegido tal sitio es que se pueda ver y saludar a todos los que transitan en coche por el paseo. Los "trenes" no son muy lucidos: la mayoría van tirados por mulas, cuyo pelo negruzco, gran barriga y orejas puntiagudas son de un efecto poco gracioso; parecen los coches de duelo que siguen a los carros mortuorios. La misma carroza de la reina es de lo más sencillo y burgués. Lo encantador son los caballos de silla andaluces, en los que se pavonean los petimetres de Madrid. Es imposible ver nada más elegante, más noble y más gracioso que un caballo andaluz con su crin trenzada, su larga y espesa cola, que le llega hasta el suelo, sus arcos adornados de madroños rojos, su cabeza erguida, sus ojos brillantes y su cuello redondeado en forma de cuello de pichón. Recuerdo uno, montado por una mujer, que era rosa—el caballo, no la mujer—, como una rosa de Bengala salpicada de plata, de una belleza maravillosa. El golpe de vista del Prado es uno de los más animados que puede verse, y como paseo, de los más bonitos del mundo.

En el Prado se ven muy pocas mujeres con sombrero, a excepción de alguna que otra papalina amarillo-azufre, que en algún tiempo debió de adornar a borricos amaestrados; sólo se ven mantillas. La mantilla española es, pues, una verdad. Es de encaje negro o blanco, por lo general negro, y se coloca en la parte de atrás de la cabeza, sobre la peineta; algunas flores, colocadas sobre las sienas, y es de lo más encantador que puede imaginarse. Con una mantilla, tiene que ser una mujer más fea que las tres virtudes teológicas para que no resulte bonita. Por desgracia, ésta es la última prenda que se conserva del vestido español. El resto es, por completo, a la "francesa".

Existe en Madrid un comercio, del que no hay idea en París: los vendedores de agua al por menor. Su tienda consiste en

## MADRID HACE CIEN AÑOS POR Teófilo Gautier

un cántaro de tierra blanca, un cesto de mimbre o una hoja de lata que contiene dos o tres vasos, algunos azucarillos y a veces un par de naranjas o limones; otros llevan a la espalda pequeños toneles rodeados de follaje, y algunos, a lo largo del Prado, tienen puestos iluminados y coronados de Famas de cobre con banderas. Estos vendedores de agua son generalmente gallegos jóvenes, con chaquetas color tabaco, calzón corto, polainas negras y monteras puntiagudas. También hay algunos valencianos con sus zaragüelles blancos, la manta al hombro, las piernas bronceadas y las alpargatas bordadas de azul. Por todos los rincones de la ciudad se oyen sus gritos agudos, modulados en todos los tonos: "¡Agua, agua! ¿Quién quiere agua helada?" Esto dura desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, y tales gritos han inspirado a Bretón de los Herreros, poeta muy estimado en Madrid, una canción titulada "La aguadora", que tiene gran éxito en toda España. Esta sed de Madrid es verdaderamente una cosa extraordinaria; toda el agua de las fuentes, toda la nieve de las montañas del Guadarrama no bastan a apagarla. Lo que Madrid necesita más, después del agua, es fuego para encender los cigarrillos. Así es que se oye el grito de "¡fuego, fuego!", mezclado incesantemente con el de "¡agua, agua!" Es una lucha encarnizada entre los dos elementos, a ver cuál mete más bulla. Vesta, la llevan unos pilluelos en copas llenas de carbón y de ceniza, con un mango para no quemarse los dedos. Pero ya son las nueve y media. El Prado comienza a despoblarse, y la multitud se dirige hacia los cafés y botillerías de la calle de Alcalá y otras vecinas.

Los cafés de Madrid nos parecen verdaderas tabernas de último orden, acostumbrados al lujo deslumbrador y mágico de los cafés de París; la manera como están decorados recuerda mucho a las barracas en que se exhiben las mujeres barbudas y las sirenas vivas; pero la falta de lujo está compensada crecidamente con la excelencia y la variedad de los refrescos que en ellos se sirven. Hay que confesarlo: París, tan superior en todo, va a la zaga en una cosa: el arte del horchatero está allí en la infancia. Los cafés más célebres son los de la Bolsa, en la esquina de la calle de Carretas; el café Nuevo, donde se reúnen los exaltados; el café de...—me he olvidado el nombre—, donde se reúnen los moderados, a quienes se llama canchales; el de Levante, muy cerca de la Puerta del Sol, y el café del Príncipe, junto al teatro de este nombre, que es punto de cita de los artistas y literatos.

La Puerta del Sol no es una puerta, como podría suponerse, sino más bien una fachada de iglesia, pintada de color de rosa y adornada con un cuadrante, que se ilumina de noche, y con un gran sol de rayos de oro, de donde le viene el nombre de la Puerta del Sol. La Puerta del Sol es el punto de cita de todos los desocupados de la población, y, al parecer, hay bastantes, pues desde las ocho de la mañana la llena una multitud compacta. Todos estos graves personajes están de pie, envueltos en sus capas, aunque haga un calor atroz, con el frívolo pretexto de que lo que defienden del frío lo defienden también del calor. De tiempo en tiempo se ven salir de entre los pliegues rectos de la capa un pulgar y un índice amarillos como el oro, que aprisionan un papelito y alguna pulgarada de tabaco picado, y a poco, de la boca del gran personaje se eleva una nube de humo, lo que denota que está dotado de respiración, cosa que podría dudarse a causa de su inmovilidad. A propósito del

"papel español para cigarrillos", notaremos de paso que no he visto ni un solo cuaderno. Los naturales del país utilizan papel corriente de cartas, cortado en pequeños trozos.

Las casas de Madrid están edificadas con maderas y ladrillos o mampostería, salvo las jambas, que son algunas veces de granito gris o azulino; todo ello, por supuesto, cuidadosamente revocado y pintado de colores por demás fantásticos: verde claro, azul ceniza, vientre de bicha, cola de canario, rosa pompador y otros tintes más o menos anacrónicos. Las casas modernas se limitan a estar revocadas con cal o pintadas como las de París.

El Museo de Madrid merecería un volumen entero para describir su extrema riqueza. Los cuadros tienen muy buena luz, y la arquitectura del edificio no carece de estilo, sobre todo en el interior. La fachada que da al Prado es de bastante mal gusto; pero, en conjunto, la construcción honra al arquitecto Villanueva, de quien es la traza.

En cuanto a las costumbres de Madrid, no es fácil en unas pocas semanas penetrar el carácter de un pueblo. Sin embargo, me ha parecido que en España las mujeres tenían la manga más ancha y gozaban de más libertad que en Francia. La actitud de los hombres es sumisa y humilde con ellas. Cumplen sus deberes con una exactitud y una puntualidad escrupulosa y expresan sus entusiasmos en versos de todas las medidas, rimados, asonantes, sueltos y demás. En el momento en que ponen su corazón al pie de una beldad, no les está permitido bailar más que con las tatarabuelas. La única conversación que se les consiente es con las mujeres de cincuenta años y de una fealdad unánimemente reconocida. No pueden hacer visitas a las casas donde haya una joven.

Un visitante asiduo desaparece de repente y vuelve al cabo de seis meses o de un año. Su novia le había prohibido que fuese a aquella casa, y se le recibe como si hubiese ido la víspera. Por lo que puede juzgarse a primera vista, las españolas no son caprichosas en amor, y las relaciones que entablan suelen durar veinte años. Al cabo de unas cuantas veladas que se pasen en las tertulias, se ven perfectamente, y a simple vista, las parejas. Si se quiere que asista la señora A., hay que invitar al señor B., y viceversa. Los maridos son muy civilizados, y no tienen nada que envidiar a los maridos más bonachones de París. No se ve ni asomo de aquellos celos españoles, motivo de tantos dramas y melodramas.

(En nuestra próxima edición publicaremos "Madrid visto por un francés de hoy", por Camilo Mauclair.)



# TAREA

## PAGINA DE LA CIUDAD POR EL ALCALDE DE MADRID

Todos a la tarea en estas horas difíciles. Con el corazón en el pasado glorioso de nuestra Patria, con la mirada adelante, hacia un porvenir magnífico. No importen las voces enervadoras. No preocupen las fealdades. No cohiban los obstáculos. ¡Aúpa...! ¡Aúpa por España...!

Madrid saludó con emoción, en el Casal de Catalunya, a la región española de tan prócer abolengo. CIUDAD, revista de Madrid para toda España, renueva el saludo.

La ciudad del Dos de Mayo tenía que saludar a la región de Gerona, de los somatenes del Bonch, a los descendientes de los voluntarios catalanes.

En esa ansia de España que tienen los españoles, óyese el clamor de quienes, bañados por el Mediterráneo, conocen de sus grandezas y no olvidan sus peligros.

Ahí está a nuestro lado, sin fronteras, con ríos que unen, esa gran nación que se llama Portugal. Creció políticamente. Logró, con su idioma, excelentes poemas. Conquistó y descubrió mundos. Fué maestra de colonización. Ensayó hoy un sistema político que no es ni el mussolinismo ni el hitlerismo, sino algo propio (esta sección no es polémica), que hemos de seguir unos con curiosidad, tal vez otros con admiración, todos con respeto.

En medio del mar, nuestras islas Baleares. Cuentan los estadísticos que desfilan por ellas, para contemplar sus bellezas, centenares de millares de turistas. Quedan muchos, atraídos, dicen, por un paisaje maravilloso, por un clima sin igual. Atalaya de nuestro mar, parecen interrogar, inquietas, al genio de Blasco Ibáñez, en la noche sin

fin, en el mar sin costas, por donde navega el autor de *Mare Nostrum*.

En la playa de Alicante hay una fiesta. Nos acompañan marinos de nación amiga y de nuestra Armada. El político, que va dejando de serlo porque siente el deber de ser soldado, desgrana preguntas, muestra infantil curiosidad. Oye respuestas que no entiende y entiende respuestas que no se pronuncian.

Y abajo... Marruecos. Tierra regada con sangre española. Arbolitos de errores plantados, con cuidado, siglo tras siglo. Ansia también de hallar hermanos en este africano rincón de España.

Nos saludan con ceremonia dos naciones latinas: Versalles, maestra en cortesía; Roma, ducha en diplomacia. También nosotros somos cortesés. Con rudeza, pero cortesés. También sabemos de artes de diplomacia, y aun en otro tiempo las enseñamos.

Ellas, con sus agencias, nos traen el ruido de Europa. ¡Cómo andan por ahí las naciones mal avenidas! ¿Nos lo advierten? ¿Nos muestran con su silencio amor al contemplar nuestro propio estruendo?

Por si acaso, lector, si eres revolucionario, depón tus armas. Si eres político, actúa con ansia de superación y de coincidencia. Cuando vayas a discrepar, cuando en tus labios aparezca una palabra dura, una frase que interrumpa la amistad, sustitúyela por ésta: "¡Viva España!", y déjate perder por ese mar magnífico, incomparable, tranquilo, donde puedes encontrarte más español.

R A F A E L S A L A Z A R A L O N S O

## El Hogar MODERNO

Dibujo de SANTONJA

Texto de JEAN LAROCHE

(Modelo exclusivo para CIUDAD)



### COMEDOR PARA CASA DE SOLTERO

La mesa central, de líneas dinámicas, puede ser construída en una madera sólida, bien estacionada, para enchar en nogal floreado, erable o abedul sueco, en tonos oscuros y muy lustrado todo el mueble. Los cantos serán tratados con chapa decorativa de macasar o nogal del Cáucaso. La armazón de las sillas, en madera clara, marfil viejo, y sus tapizados, en cuero color, de un color liso, que puede ser un *chagrin* verde laurel.

Los muebles que forman el rincón de la galería deben responder a las chapas decorativas usadas en los cantos de la mesa, y el asiento y respaldo de los pequeños sofás—que deben formar un solo cuerpo con las bibliotecas—pueden tapizarse en un cuero similar al de las sillas, pero en tonalidades más vivas. El cubrerradiador es de metal cromado. El piso, encerado oscuro, y el rodapié bajo la mesa, de goma, en tonos brillantes, pero entonados con el ambiente.

La iluminación puede ser difusa, instalada en la cornisa o mediante una araña de luz indirecta, en metal niquelado. Un par de lámparas *mignon*, colocadas de forma invisible en la vitrina, que aparece embutida en el muro, y cuyo fondo y laterales serán de espejos, otorgará una fina nota de color colocando en ella un juego de cristalería para *cock-tail* en tonos alegres y líneas muy modernas.



### ELEGIA AL GALLARDETE DE UNA NAVE

La derrota del águila, en tus pliegues vivió el rumbo perdido;

envidia del albatros, tus saludos fueron alas del sueño de tí mismo.

Ancho el mar, ancho el cielo, tu caída destrenzó las escalas del abismo.

Quilla de nube y tajamar de aurora, para la gloria aliento de suspiro,

perdiste de tus vuelos armilares ademán y alegría hilo a hilo;

hilo a hilo, picados por los soles;

hilo a hilo, quemados por los fríos;

hilo a hilo, fugados con el viento;

hilo a hilo, enredados en los gritos;

hilo a hilo te fuiste... Los tambores

del mar no señalaron tu martirio.

Dejaste mástil libre, y ni siquiera

serviste de sudario de marino.

¡Adiós a las estrellas! Tu agonía

con voz de trapo una mañana dijo;

fuiste con el coral y los delfines

a perderte en infiernos submarinos,

a adivinar el viento de la ola

reptando sobre el lomo de su rizo.

¡Adiós al vendaval!, cuando curvado

soñabas meridianos y solsticios,

y te hacía la sed de la galerna

capitán de la aurora del marino.

¡Adiós al sol!, cuando la noche era

un largo sueño de la mar de estío

y los puertos tragaban a las naves

como potros domados por su instinto.

¡Adiós a los saludos de arribada!

¡Adiós a los flameos del peligro!

¡Adiós al aprender todas las flores,

y que el mundo es redondo, y que envío

azul no tiene dique, y que las olas

engañan al navío!

¡Adiós, adiós! Te recogió la nada

metiéndote en los puertos del olvido.

Tú, que supiste de la sal del trópico,

has de llorar sin lágrimas, hundido;

tú, que cantaste la mañana nueva,

un estuario de sombras te ha comido;

tú, que fuiste clarín en el combate,

pólvora de algas sobre ti ha caído;

tú, gallardete, tú... Sin ti la nave

enhebra rumbos sin pilotos vivos,

y un llanto de sirenas y tritones

bate una estela de cristal y lirios.

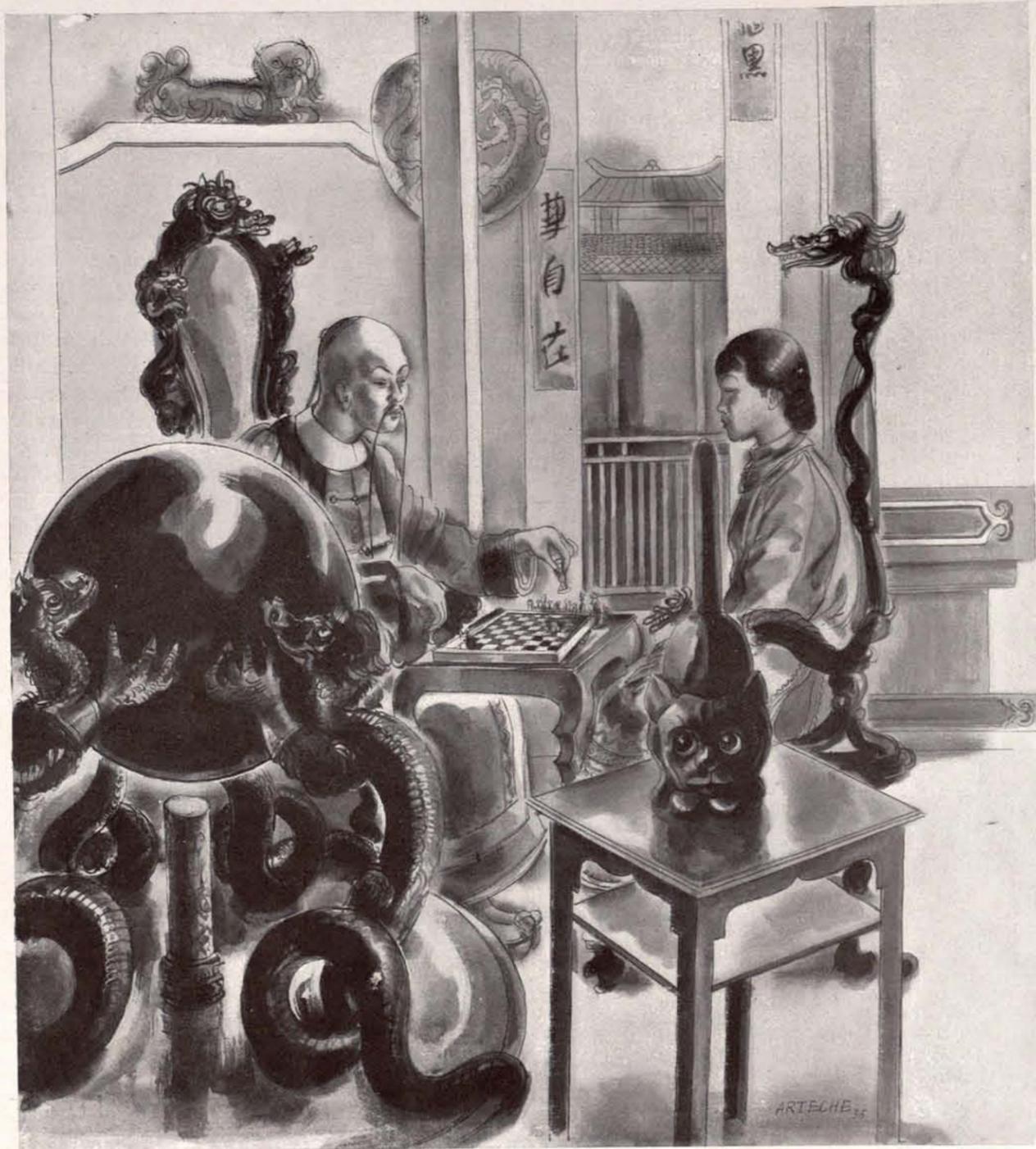
J O S E M A R I A A L F A R O



# LA NIÑA EN VENTA

POR

BENJAMIN JARNES



.. Ning jugaba con el donante una partida de ajedrez y lo conservaba mucho tiempo a su lado.

ILUSTRACIONES  
DE  
ARTECHE

I

Esto es algo más, mucho más que un cuento. Es un milagro, digno de ser pintado en preciosos biombos, en cartulinas y nácares, para ejemplo de retozónas doncellas. Es edificante, como todos los del viejo poeta Sung-Lin.

He aquí la deliciosa historia de la pequeña Ning, que nació en Hang-Tchen. Adolescente encantadora para quien su madre—envenenada por la codicia—pretendió encontrar el hombre más rico del país. No se encuentra en los anales chinos tal caso de avaricia.

Apenas cumplió Ning catorce años, ya su madre quiso iniciarla en las artes de seducir, para mejor encontrar la mina de oro. Ning comenzó a ser acosada por los donceles más ricos de la ciudad, y aun por los de ciudades circunvecinas. La madre, frecuentemente, organizaba fiestas, invitaba a gentes acaudaladas, a transeúntes de alto renombre; no perdía ocasión de organizar, hipócritamente, lo que pudiéramos llamar *subasta* de Ning.

Y todos, opulentos o humildes, ofrecían regalos a la preciosa adolescente. Si el regalo era muy costoso, Ning jugaba con el donante una partida de ajedrez y lo conservaba mucho tiempo a su lado. O le regalaba un primoroso dibujo.

Si el regalo era sencillo, de poco valor, Ning despedía pronto al joven, no sin ofrecerle, al menos, una taza de té.

II

Creció mucho la fama de Ning. Diariamente acudían a la casa nuevos opositores a la encantadora muchacha. Con ella jugaron al ajedrez—o bebieron la taza de té—los más codiciables donceles de la ciudad y sus contornos.

También los más inteligentes, entre los cuales llegó Wang, de extraordinaria inteligencia, pero muy pobre. Wang adoraba a Ning; pero no podía soñar con tan venturoso enlace, porque entre los dos se abría la más negra zanja que separa a los hombres. Penosamente, logró reunir algún dinero para ofrecer a Ning un regalo insignificante, que de seguro pasaría inadvertido...

Pero no fué así. Cuando Wang llegó, Ning charló con él largo

rato, lo miró con más dulzura que al resto de los visitantes, le recitó un conmovedor poema de aventuras y de amores triunfantes... Y no hallaba el modo de separarse de él.

Wang creyó enloquecer de júbilo ¡Ning—estaba bien claro—sentía predilección por él! ¡La más linda muchacha de la ciudad lo contemplaba con ojos encandilados!

Pero anunciaron a un nuevo y opulento doncel; y Wang, muy nervioso, como si a viva fuerza le arrancasen el corazón, tuvo que salir, dejándolo allí, tembloroso juguete, en manos de Ning.

Después, lejos de ella, continuó recitando el poema de aventuras de amor, repitiendo incesantemente el nombre de Ning, embesado y triste. Sin esperanza en volverla a ver.

III

Un mes después, Wang no pudo resistir el deseo y volvió a casa de la muchacha en venta. Ning lo recibió llena de gozo, y muy bajito, toda encendida en rubor, le preguntó al oído:

—¿Es que no quieres tú llevarme, Wang?

Y el joven contestó:

—Soy muy pobre. En mi locura, sólo pretendí verte y hablarte. Debo contentarme con tu amistad. Ya ves: este pequeño regalo, que tu madre despreciará, sin duda, agotó mis recursos de un mes. Sólo deseo acercarme alguna vez a ti, contemplarte. ¿Cómo iba a pretender el pleno y sumo goce de tu deliciosa intimidad?

Ning quedó muy conturbada, y durante largo rato continuaron juntos, en silencio muy triste. La ancha zanja abierta por la codicia de la madre se abría cada vez más entre los dos.

Por fin, Wang salió frenético, decidido a arrostrarlo todo por lograr un minuto más de alegría junto a Ning, aunque luego tuviera que desaparecer del mundo. Pero, a fuerza de pensar en su mala fortuna, perdió energías, enflaqueció terriblemente, y no volvió a aparecer en casa de Ning.

Entretanto, la muchacha no podía encontrar joven alguno que le gustase. Su madre apenas podía ya contenerse. Tanto le irritaba lo que creía caprichosa tardanza.

IV

Un día llegó un joven, en apariencia estudiante; dejó su regalo, charló con Ning y, al despedirse, pasó un dedo por la frente de la muchacha, mientras pronunciaba entre dientes una frase.

Salió aquel joven, y Ning se miró la frente, donde había quedado como un rasguño negro, de tinta. Y se lavó cuidadosamente aquella mancha, pero sólo consiguió extenderla más. Siguió lavándose, pero poco a poco la mancha invadió completamente el rostro. Acabó por ennegrecerse toda la piel de la cara, al punto de excitar la burla de cuantos la veían.

La infortunada Ning hubo de recluirse, de dejar de recibir a sus adoradores. El ídolo había perdido su culto. Languidecía, perdió la salud, esperaba la muerte.

Un día Wang la encontró toda desmelenada, pegado el rostro a la pared, sollozando. Y entonces Wang se acercó a la madre y le propuso:

—Quiero casarme con Ning.

La madre, vencida por la suerte, consintió. Wang salió a vender un poco de terreno que le quedaba y vació enseguida su bolsillo en las manos de la madre. Ning marchó con él. Aunque recelaba que el joven buscaría pronto otra mujer, y aun llegaba a desearlo, puesto que ardientemente deseaba verlo feliz. Pero él le dijo:

—Lo más valioso de la vida es el amor. Lo más difícil de encontrar. Tú me has querido en los días de tu gloria. ¿Qué voy a hacer, sino quererte, en los días de tu oscuro infortunio?

Y nunca pensó en otra mujer. Se burlaban de él, pero él era muy firme en sus propósitos.

V

Pasó un año. Wang era feliz. Ning llenaba el hogar de canciones y de mimos. Su voz era dulce, como su cuerpo era suave y dócil al amor.

Un día Wang se encontró con alguien, al parecer forastero, que le preguntó por la famosa Ning, la más hermosa doncella de Hang-Tchen.

—Se casó—respondió Wang.



Un día Wang la encontró toda desmelenada, pegado el rostro a la pared, sollozando. Y entonces Wang se acercó a la madre y le propuso: Quiero casarme con Ning.

—¿Con quién?  
—Con un hombre de mi clase.  
—¿Qué cantidad llegó a exigir la madre?  
—Muy pequeña. Ning había sufrido un accidente, y no podía su madre exigir mucho. De otro modo, ¿cómo hubiera podido llevarse un hombre de mi fortuna?

El forastero se echó a reír. Y añadió:  
—Y ese marido ¿se te parece mucho? Mira, no quiero engañarte. Hace tiempo estuve en casa de Ning y sentí por ella una gran lástima. La vi condenada al tormento de la indecisión. Hostigada por su madre, iría a caer seguramente en brazos de algún viejo adinerado... Fué entonces cuando me propuse destruir su hermosura, y, con ella, toda intención de venta. En adelante cesaría aquella lamentable subasta. Ning amaría a quien su corazón había elegido ya... Ennegrecí su rostro para que su alma no perdiera la blancura. Sólo un gran amor sería en adelante su espejo. Y un gran amor no conoce, no ve, no podría ver huellas de tinta.

Wang replicó vivamente:  
—¿Y tú puedes borrar lo que hiciste?  
—Naturalmente—dijo, sonriendo siempre, el forastero—. Me basta con que ese hombre me lo pida con buena fe.  
Entonces Wang le confesó:

—El marido de Ning soy yo.  
—Ya lo sabía. Aquí en la tierra, sólo los hombres de espíritu son capaces de un gran amor, porque ellos no se rinden ante ningún encanto exterior, no sacrifican ante él su pensamiento... Llévame a tu casa.  
Wang obedeció, lleno de alborozo.

## VI

Ya en casa de Wang, los dos esposos querían obsequiar al forastero con algo de beber; pero el huésped replicó:  
—Quiero, ante todo, cumplir lo que ofrecí. Traéme, Wang, una fuente con agua. Y déjame solo con Ning.  
Así lo hizo Wang. Cuando quedaron solos, el huésped hizo que Ning se lavase bien la cara, y lentamente fué desapareciendo la tinta. El rostro quedó tan terso y luminoso como antes.  
Llamaron a Wang, que creyó volverse loco de alegría. Abrazó a Ning en medio de los mayores transportes de gozo, hasta el punto de olvidar completamente al huésped.  
Cuando quisieron remediar la falta, cuando iban a caer de rodillas ante el bienhechor, ya el forastero había desaparecido. Nunca pudieron agradecerle tal felicidad. ¿Quién sería? De seguro, un mago. Quizá un ángel.

Entonces surgió otro Hombre Sabio, más sabio que el anterior.

—Están ustedes errando el camino—dijo a las gentes—. La única forma de evitar que los niños jueguen en las calles es dictar una ley que les prohíba jugar en los parques y en los campos de ejercicios.

Como no carecían de ciertas nociones en materia de psicología de la infancia, los padres de la ciudad comprendieron de inmediato la profunda verdad de aquellas palabras, y la ley fué promulgada sin dilación. Y no bien se notificó a los niños que les estaba vedado retozar en los parques y campos de ejercicios, un gran clamor y un gran revuelo se hicieron en sus filas.

Entonces, el segundo Hombre Sabio invitó al primer Hombre Sabio a acompañarle en un aeroplano, en el que ascendieron hasta una altura desde la cual podían contemplar la ciudad entera.

Novcientos mil niños jugaban en las calles.



## Los dos sabios y los niños

Novcientos mil niños jugaban en las calles. Al vecindario de la ciudad venía llamándole la atención ese hecho desde hacía años. ¿Por qué razón habían de jugar los niños en la calle, donde a cada instante corrían peligro de caer bajo las ruedas de los automóviles o de los tranvías? Finalmente, surgió un Hombre Sabio, el cual recorrió la ciudad, comprobando el hecho alarmante.

—Los niños juegan en las calles—concluyó—, porque no tienen otro sitio donde jugar.

Entonces, el Hombre Sabio convocó a los padres de la ciudad y les expuso el plan, de acuerdo con el cual la ciudad podría contar con un sistema de parques y campos de ejercicios, de manera que todos los niños tendrían, cerca de su casa, un sitio seguro donde jugar. La empresa demandó años y años; pero al final se logró darle cima; y cuando los parques y los campos de ejercicios fueron liberados al servicio, abiertos a los niños, el Hombre Sabio volvió a recorrer la ciudad.

Novcientos mil niños jugaban en las calles.  
Una vez más, el Hombre Sabio convocó a los padres de la ciudad.

—Debemos dictar una ley—les dijo—por la cual se prohiba jugar a los niños en las calles.

Y la ley fué dictada, y cuando había entrado ya en vigor, el Hombre Sabio volvió a recorrer la ciudad.

Novcientos mil niños jugaban en las calles.

## EL SALUDO DE LA PRENSA



### "Diario de Madrid":

Un nuevo semanario: CIUDAD

"La "ciudad" es Madrid, y "revista de Madrid para toda España" se subtitula muy atinadamente esta nueva publicación que acaba de ver la luz. Se trata de un hermoso semanario, de gran tamaño y lujosa presentación tipográfica, impreso sobre buen papel y originalmente ilustrado.

Pero sus excelencias—al contrario de lo que suele acontecer en revistas de tal naturaleza—no se quedan ahí, en la parte externa o formal. Abarcan también la orientación de sus propósitos y la calidad de sus textos. CIUDAD viene a continuar la línea tradicional de las mejores revistas ilustradas en España, y su mención de *La Esfera* no es impropio. Revista afirmativa y enaltecadora, tiende a presentar y a exaltar—según escribe—"lo que hay de positivo, bello y sano en España y en su circunscripción nacional, que no reside en una clase social determinada, sino en todas".

Este primer número de la nueva revista inserta, entre otros originales valiosos, un poema de García Lorca, un cuento de Concha Espina, otro de E. Blanco-Amor, un muy curioso relato del capitán Iglesias. Además, secciones animadas y diversas de interés general sobre la arquitectura, la moda, el teatro, el hipismo, los deportes, el cine. Merece mención especial una doble plana con fotografías de Madrid, por Angel Aracil, que nos muestra nuestra "ciudad" desde enfoques muy originales.

Dirige CIUDAD un escritor tan atildado y periodista tan experto como Víctor de la Serna, y es su redactor jefe Eduardo Blanco-Amor. Por sus excelencias y sus limpios propósitos, merece CIUDAD el pronto encuentro del vasto público a que se encamina, y que hará de ella su revista predilecta."

### "La Voz de Guipúzcoa":

CIUDAD

"Ayer apareció en España la revista CIUDAD, que se edita en Madrid para toda la Nación.

Dirige CIUDAD el insigne escritor Víctor de la Serna, cuyo talento de se ha perfeccionado piloto de empresas literarias y periodísticas se ha perfilaro admirablemente en una labor conocida por todo el público inteligente de España.

Aparece CIUDAD con un formato extraordinario, de revista lujosa, tan lujosa, que parece inconcebible que su coste no pase de los veinte céntimos por ejemplar. CIUDAD es un esfuerzo editorial de tan altísima calidad, que los profesionales lo recordaremos para siempre...

En su programa, suscrito por Víctor de la Serna, se dice, entre otras cosas, que tienen un gran interés y que no reproducimos por apremios de espacio: "Estimamos que España es un magnífico y bello país europeo occidental, engranado a una cultura y a una moral que forman la rueda maestra de la moral y la cultura universales." "Nos interesa, pues, de España y del sistema espiritual que rige, lo que es positivo, bello y sano, lo que constituye una esperanza para la Humanidad y lo que es ya una realidad en la Historia." "Cuando un mundo tiene un Dios, una lengua y un destino comunes, hay algo que hacer."

Figuran en el primer número de CIUDAD: Concha Espina, con dos magníficas páginas; Federico García Lorca, el maestro de la poesía contemporánea, y el capitán Iglesias, gran conductor de la expedición española al Amazonas.

Técnica y periodísticamente, CIUDAD es ejemplar, y señala una norma para la Prensa española.

Deseamos a la gran revista muchos años de vida."

### "La Libertad":

CIUDAD

"Se ha publicado el primer número de CIUDAD. Es una revista moderna que contiene uno de los más bellos trabajos de Concha Espina y una de las más admiradas poesías de García Lorca.

CIUDAD está dirigida por el brillante y conocido escritor Víctor de la Serna, el cual tiene el plausible deseo de hacer una revista nueva, como lo demuestra la novedad de los trabajos que se publican en su primer número.

CIUDAD, elegantemente confeccionada e impresa en magnífico papel couché, se vende al precio increíble de veinte céntimos.

Damos la bienvenida a CIUDAD, y felicitamos a la Empresa y a su director por el acierto y la oportunidad de la publicación, que, repetimos, es realmente bonita."

### "A B C":

CIUDAD

"Ha aparecido en Madrid este semanario, magníficamente editado en soberbio papel couché.

La interesante revista, dirigida por el notable escritor D. Víctor de la Serna, lleva, entre otras, las firmas de Concha Espina, García Lorca y capitán Iglesias, y contiene notables secciones, cuentos, modas, notas sociales, teatrales, deportivas, etc.

Saludamos a la nueva publicación, que verá la luz pública todos los miércoles, y le deseamos grandes éxitos."

# MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR

## MAESE BUSCON



### Miss Kattle en los espectáculos

Cuando miss Kattle entró al cinema de actualidades, después de comprar por el módico precio de una peseta la presunta hora de sensacionalismos ofrecida en los programas, y al encontrarse con que la butaca que, con su índice de luz, le señalaba el acomodador, hallábase en medio de la fila, pensó contristada en la molestia que iba a ocasionar a los diez o doce hidalgos españoles, que se levantarían simultáneamente, como impulsados por un resorte, para facilitarle el acceso, y quizás alguno de ellos desplegaría su capa bajo los borceguíes turísticos, para cantarle aquello de *pisa morena, pisa con garbo...*

Pero no hubo tal. Todos continuaron muellemente sentados, y miss Kattle tuvo que hacer alpinismo sobre las pedestres durezas de los hijosdalgo, y aun le pareció oír al pasar alguien que aludía, gruñendo, a los camiones de la Campsa. Al fin pudo instalarse. Y cuando se disponía a contemplar el entierro del ilustre personaje de turno, que suele no faltar en esta clase de divertidos espectáculos, sintió que un chorro de resplandor plateado le arañaba las retinas. Era la linterna del acomodador, indicando los asientos vecinos a una pareja. Cuando pudo recuperar la visión normal, ya el cadáver había sido inhumado entre un fragor de badajos y marselesas. En la pantalla surgió entonces un rostro de dos metros, entre histriónico y grave, hablando en italiano con potente sacudimiento de mandíbulas. El público rugió como un vendaval: ¡Viva! ¡Muera! ¡Abajo! ¡Arriba! Desvaneciós el rostro y pasó el vendaval. La luz, encendida súbitamente, en averiguación de la escandalera, descubrió a la pareja vecina de miss Kattle, que debía ser una pareja de prestidigitadores, por el perfecto escamoteo de las manos, que no había manera de averiguarles el paradero. Nuevo apagón. Nueva proyección. Un pianista ejecutando un trozo clásico. Al cabo de veinte segundos, la gente empezó a removerse en los asientos. Segunda escandalera, esta vez a cargo de los pies, aunque miss Kattle pudo atrapar una misteriosa palabra dicha en varios registros: "Tostón, tostón", de la cual tomó debida nota en la memoria. A continuación, miss Kattle leyó en la pantalla, con dulce sobresalto: "La escuadra inglesa del Atlántico..." Y ya no pudo seguir leyendo. Un caballero acaba de situarse frente a ella, de pie, en la fila anterior. Con gran cachaza se quitó el sombrero, los guantes y, finalmente, el gabán, que se entretuvo en doblar cuidadosamente. Miss Kattle

alargó el cuello cuanto pudo para atrapar algo de lo que desfilaba por el telón. Imposible. Aquel caballero era más ancho que un biombo y muchísimo menos transparente. "¡Que se siente!", gritó alguien. A lo que repuso el biombo: "Ya me sentaré cuando me dé la gana. ¡A ver qué pasa!" Cuando se sentó, la pantalla reflejaba una documental sobre las costumbres genéticas de la zanahoria; y la escuadra, con los compatriotas de miss Kattle, había hecho rumbo al Brasil. Nuestra amiga se llenó de iracundos rubores íntimos y masculló para su potente esternón esta tremenda palabra del inglés latinizado: "¡Stupid!"

Se levantó. Repitió su sesión de alpinismo sobre los callos de los hidalgos y salió a la calle tan agitada, que no pudo evitar el tropezón con un ciego, que llevaba por todo lazarillo un grueso garrote.

—¡Oh, excuse me!

A lo que respondió el infeliz mendigo:

—¡Pa onde miras, so burra!

Aquella noche, al llegar al hotel, miss Kattle preparó su crónica, destinada al *Presbyterian Bulletin*, donde decía, entre otras cosas: "Los españoles consideran muy elegante el no sentarse en cuanto llegan a su asiento en el cine, y suelen buscar pretextos en el cuidado de su indumentaria para prolongar esta posición el mayor tiempo posible. También suelen llamar "pequeños cerdos asados", que esto quiere decir la palabra *tostón*, a los concertistas de piano. Y unos hombres que andan por la calle provistos de gruesos garrotes llaman a las extranjeras que tropiezan con ellos *hembra del pollino*."

### PLATERO Y YO

No, lector, no. No es el gran personaje cuadrúpedo del gran prosema de Juan Ramón el objeto de esta respuesta. Dicho queda que ésta es una respuesta, y falta por decir que va encaminada a un señor Evaristo González, "de oficio platero", que me escribe una carta destilando sentimientos matritenses, a propósito de ciertas afirmaciones que cubrían, a manera de pórtico de palabras, el inicial de estos "motivos". Declaro que esta reacción por parte de un lector que siente el orgullo de su oficio y que pone debajo de su Fulano de Tal la mención de su artesanía, me ha conmovido seriamente. Fuera el comunicante uno de esos amables jóvenes intelectuales capaces de demostrar, por medio de una sutil casuística, la existencia de pelos en el lomo de los batracios, y mandaríalo yo a freír bibliografías. Pero el señor Evaristo, "de oficio platero", es una cosa perfectamente seria, y conste que no lo digo por hábito de adulonería proletarizante, como es de uso entre los escritores que aspiran a predicamento político, sino porque en mis meditaciones sociológicas, muchas veces me doy a cavilar sobre cuánto ha contribuido a la triste confusión de nuestro tiempo la desaparición de los oficios nobles, con su categorización selectiva de los trabajadores, todo ello arrollado por el automatismo de las máquinas y por el automatismo no menos incivilizador de las ideas, con la anulación subsiguiente del espíritu continuador y creador de los gremios y de la iniciativa individual, etc., etc.

Como usted puede colegir, amigo González, "de oficio platero", por el conceptuoso párrafo que acabo de endilgarle, yo soy un espíritu conservador. Lo que pasa es que mi conservadurismo no llega hasta el de esos nobles bardos de la prosa elegiaca que han creado una respetable artesanía literaria a fuerza de lamentarse sobre las sombras de un Madrid desaparecido en las escotillas del pasado. No seré yo nunca quien me oponga al ingreso de Madrid en la vida moderna, en nombre de unos extinguidos lunares de pelos, *chulánganos* organilleros y faldas de percal *planchás*. Una cosa es lo antiguo y otra lo viejo. La añoranza de lo antiguo es una ociosa divagación inofensi-

va y por veces fecunda, para uso de estetas, arqueólogos y eruditos. La pretensa continuidad con lo viejo puede ser incapacidad para entender lo actual, y es negarse, en nombre de nada remediable, a servir de relevo en esta carrera de postas que es la marcha del tiempo. Y, si usted quiere, yo no tengo inconveniente en ponerle a esta "marcha" un inexorable, de esos que tanto visten la prosodia que se estima. Cuando aquí se habló de considerar a Madrid como una ciudad europea nos hallábamos tan lejos de la paradoja prefascista—*malgré lui*—de D. Miguel de Unamuno, cuando hablaba de españolizar Europa, como de la cursilería noventiochista de los que hablaban de europeizar a España. Y es que en el vivir de los pueblos, las cosas suceden y se suceden segregándose de una fluencia histórica que parece no obedecer gran cosa a las recetas que, como diques racionalistas, solemos ponerle delante nosotros los sabios. ¡Qué le va usted a hacer, amigo Evaristo! Lo moderno de hoy será lo típico de mañana, porque cada día deja de sí un hilo, y con todos ellos se va trenzando lo que para los hombres del mañana será el ayer mejor del poeta.

No venimos, pues, señor maese platero, a "ser uno de tantos que van a arrasar con lo poco castizo que va quedando". Ni creemos en la supervivencia artificial de lo típico, ni estamos dispuestos a sostener que la modernización de Madrid consista en andar a codazos y a puntapiés por las calles; en no ceder la acera o el asiento del tranvía a las mujeres y ancianos; en cariarse el hígado con los *cocktails* y en decir que un *chut* de Lángara vale por las nueve sinfonías de Beethoven. La grosería, la torpeza y la agresividad, como el buen tono, el atildamiento y la cortesía, no son de este ni de aquel tiempo, ni tienen nada que ver con lo castizo ni con lo "modernista", sino con la manera de entender cada uno sus deberes de solidaridad con el prójimo y su sentido de la urbanidad, es decir, de habitante de la urbe.

No creo yo que sea un elemento respetable de casticismo y de españolización el andar berreando fandanguillos alcohólicos por las calles, a las tantas de la madrugada, y el ponerse en las esquinas oscuras haciendo lo que aquel personaje de Teniers que aparece en los tapices de espaldas al espectador. Si el casticismo participa o depende de esos pequeños hábitos molestos, o si en su nombre se los añora, ni usted, "de oficio platero", aristócrata de la artesanía, ni yo, periodista, proletario del intelecto, podemos estar en desacuerdo.



Comentábamos en nuestras líneas anteriores lo que parece ser un invariable afán de los ideales de las emisoras al confeccionar los programas, "cuyo contenido es, casi siempre, poco atractivo". No son quejas infundadas, sino la consecuencia tenaz a que ha llegado la radiación de anuncios, en una progresión incontentida, como ostentación de una situación de privilegio, a que ha dado lugar la tolerancia del Estado.

En estos días, sustentadas por algunos periódicos, hemos leído lamentaciones de alguna empresa de radio que realiza esfuerzos, reforma sus organizaciones, etc., hasta hacer posible emisiones de mayor o menor interés, sin contar para nada con la ayuda del Estado. ¿Pero la merece? ¿Ha hecho algo por merecerla? ¿Se puede optar a ello con la organización de programas a base de discos? ¿Se han tenido en cuenta los progresos de la ciencia radiofónica, en los períodos en que se pudo y debió hacer, para llevar a la radio esos adelantos? ¿Es que esa rara amalgama de anuncios, discos, "charlas" de propaganda, etc., con un exponente de pesadez y atosigamiento, es mérito para que se alienten esperanzas y se requieran derechos?

Dijimos anteriormente que en los diez años que lleva Unión Radio usufructuando la concesión que caduca dentro de unos meses, había podido hacer algo más de lo que ha hecho en pro de la radiodifusión nacional; porque sus máximos esfuerzos se han dirigido a adquirir todas las concesiones posibles y establecer un monopolio, para asignarle ese valor indiscutible que tienen las cosas, cuando se las miden con cifras, que no marchan siempre de acuerdo con la práctica.

Nosotros, por el contrario, culpamos de nuestro atraso en materia de radiodifusión a esas apetencias de explotación y negocio, sin más acicate que la acción desarrollada para llegar a una monopolización del negocio, con absolutismo pretencioso, y constituirse en un factor preponderante de la vida nacional.

La radiodifusión—no vamos a hacer ahora descubrimientos—es algo más que eso; y por serlo, por constituir el eficaz medio de culturación moderna, de armonización de la vida nacional, de elemento de gobierno, hay que establecer muy inmediatamente cuanto hay ya en vigencia y votado por las Cortes, para que se establezca en España la normalidad radiofónica, con los fines sociales y precisos en la vida moderna de los pueblos, apartando de nosotros esas deficiencias en los servicios de radiodifusión, que "no resisten el parangón con los de ninguna nación europea, ni siquiera con las del Norte de África".

A petición de algunos lectores, que se interesaron por nuestra nota del número anterior, la ampliamos con las siguientes notas:

La descripción de montajes modernos de aparatos de radio es cosa que interesa solamente a aquella parte de los aficionados que sienten por las cuestiones de radio un interés comprensible no sólo por lo que de curiosidad tiene, sino por lo que incitan al estudio y al deseo de llegar a soluciones de problemas que están aún en el campo de la experimentación muchos de ellos.

Para la mejor comprensión, consideraremos en dos partes el fenómeno que queremos exponer: el de la emisión y el de la recepción.

### LA EMISIÓN

Todos los ruidos que ante el micrófono se producen constituyen una onda sonora, que es recogida por aquél.

La misión del micrófono es la de transformar la onda sonora, caracterizada por las frecuencias de las vibraciones y por su amplitud, en una corriente eléctrica variable, cuyas variaciones corresponden exactamente a las de la onda sonora. Esta es la primera transformación que sufre el sonido.

Antes de que el sonido emitido ante el micrófono llegue a la estación emisora, es amplificado convenientemente. Verificada la amplificación, el emisor transmite ya las ondas sonoras convertidas en ondas electromagnéticas. Pero esta transformación no se efectúa directamente.

Para que la onda sonora, transformada, como queda dicho, en onda eléctrica, pueda ser transmitida convenientemente, es preciso un apoyo, una protección, que la constituye en telefonía sin hilos, la *onda entretenida* (o sea una onda de amplitud siempre igual y no interrumpida), y que tiene una frecuencia más elevada.

Estas ondas entretenidas actúan, en radiotelefonía, como conductores o soportes sobre los cuales las ondas electromagnéticas pueden surcar el espacio; para ello entran en combinación la corriente de frecuencia acústica y la corriente de alta frecuencia que produce la estación emisora.

Llegado esto, la corriente de alta frecuencia es modulada por la corriente variable de frecuencia acústica, resultando de esta combinación una corriente compuesta, que determina en la antena un campo magnético y un campo eléctrico, que forman la onda radioeléctrica propiamente dicha.

La propagación de estas ondas radioeléctricas en el espacio es casi instantánea, porque su velocidad es de trescientos mil kilómetros por segundo.

### RECEPCIÓN

Se sigue en la recepción el proceso inverso al de la emisión, sufriendo las mismas transformaciones la onda radioeléctrica, pero en el orden inverso.

La onda circula por todo el espacio, pudiendo ser captada por todo cuerpo buen conductor de la electricidad convenientemente aislado. El mejor colector de ondas es la antena construida en las condiciones más aproximadas a la antena utilizada en la emisión.

Las ondas recogidas por la antena receptora son débiles y, por lo tanto, requiere amplificarlas, lo que se consigue por medio de una combinación de válvulas, convenientemente dispuestas, que constituyen el amplificador de alta frecuencia; y ello es preciso, porque si enlazásemos a la salida de este amplificador un auricular o un altavoz, no podría seguir convenientemente las variaciones extremadamente rápidas de la corriente, por consecuencia de la inercia de la membrana o placa vibrante; y aun admitiendo que la membrana fuera capaz de recoger todas esas rápidas variaciones de frecuencia, el oído sería incapaz de percibir la menor señal. Es preciso, pues, transformar esta corriente de alta frecuencia variable en una frecuencia acústica. Este es el objeto de la detección, cuya misión es la de hacer audibles a nuestros sentidos las oscilaciones de alta frecuencia recogidas por la antena.

El detector suprime casi enteramente las alternancias positivas o negativas de la corriente de alta frecuencia, resultando de ello una corriente variable, únicamente positiva o negativa, capaz de hacer accionar la membrana de un auricular. Se trata entonces ya de una corriente de baja frecuencia o de frecuencia acústica.

Esta corriente puede ser amplificada (amplificación de baja frecuencia), y de ahí transmitirse a un auricular o a un altavoz, en el cual la membrana produce un sonido que corresponde a la frecuencia de la corriente microfónica.

He aquí ya finado el ciclo de la corriente, porque hemos llegado a reproducir las ondas sonoras, exactamente análogas a aquellas que se producen en el estudio una infima fracción de segundo antes.

**RADIO WARNER**  
PLAZOS - CONTADO  
APARATOS DESDE 100 PESETAS  
PEDRO RANZ - Atocha, 33, moderno

## NOTICIARIO RADIOTELEFÓNICO

### Presencia de espíritu

El trabajo en los Estudios exige una precisión muy grande. Las menores faltas y los más pequeños errores predisponen fácilmente al escucha a la crítica. Por ejemplo, la posición en que se encontró cierto día el anunciador de Berlín, no era, por cierto, envidiable. En efecto, en el preciso momento en que acababa de anunciar un vals, dejó caer el disco en el cual estaba registrado, pero como tenía gran presencia de espíritu, salió de apuros a las mil maravillas diciendo delante del micrófono: "Señoras y señores: el vals que acabo de anunciarles yace en el suelo hecho pedazos. Tomaremos, pues, otro."

### Los aficionados japoneses a la radiodifusión se han adelantado a la I. A. R. U.

La Asociación japonesa de los aficionados a la T. S. H. acaba de adherirse a la "Internacional Amateur Radio Union". Esta última Asociación comprende, en total, las organizaciones de 25 países, que disponen, juntos, de 60.000 instalaciones transmisoras.

### ¿Se reorganizará la radiofonía inglesa?

La licencia concedida a la Asociación inglesa de radiofonía expira a fines del año próximo. Según la "Funk Express", se preguntan ya los círculos interesados cuáles serán las nuevas condiciones para renovar y prolongar esta licencia. Parece que se designará una Comisión especial para discutir el asunto y para negociar las condiciones. Aunque ahora no haya aún nada de seguro, se espera, sin embargo, que la B. B. C. se atribuirá gran parte de lo que produce el impuesto sobre la T. S. H. En cambio, la Asociación de radiofonía deberá abandonar la explotación lucrativa de las revistas de programas.

### Un transmisor comercial en Dinamarca

Se desea en Dinamarca la creación de una nueva transmisora comercial para reemplazar la transmisora telegráfica, bastante débil, actualmente en servicio. Tal estación parece ser muy necesaria en Dinamarca, porque de esta manera se podrán transmitir los partes meteorológicos y varias informaciones a los numerosos pescadores daneses que se hallan en alta mar. Según se nos informa, la Sociedad danesa de radiofonía había ofrecido la estación de Copenhague para este fin.



**Después del deporte**

La ducha o el baño con Heno de Pravia es el verdadero complemento de cualquier deporte. El cutis, con los poros ya limpios, reacciona bien; y el cuerpo nota el halago de la suavidad y el «confort» de estar lavado con un jabón puro de espuma cremosa.

PASTILLA, 1,30

# HENO DE PRAVIA

# LA CIUDAD Y NUESTROS LECTORES

Recibimos continuamente la noción de haber acertado con CIUDAD a servir el interés de un número tal de españoles, que declaramos encontrarnos abrumados. Declaramos igualmente sentirnos con el noble temor de quien contrae una responsabilidad superior a la que pensó tener.

Pero de cuantas adhesiones recibimos, ninguna nos satisface tanto como la que viene del español medio, del ciudadano que en su bufete o en su taller o en su cátedra cumple seriamente su papel de español, que trabaja por la prosperidad de su país.

No daremos cabida en estas páginas a iniciativas ni a textos de espontáneos que entrañen arbitrio puro o chifladura. Cierta es que hasta ahora nuestra revista no ha llegado a manos de ningún arbitrista, y en cambio ha recibido testimonio de adhesión de lectores

de lo europeo y mundial que de lo viejo. Ese modo de encarar la revista es el conveniente. Hay en el extranjero, por culpa nuestra principalmente, una idea botrosa de España, y especialmente de Madrid: los mismos españoles emigrados no le conocen.

Aprovecho esta ocasión para sugerirle algo que, si cree útil, puede ponerse en práctica, y Madrid no habrá de arrepentirse. Es esto: que el Ayuntamiento decida colocar placas de esmalte, o, mejor, de cerámica, en los edificios modernos, con una inscripción que dijera, poco más o menos: "En mil setecientos tantos (por ejemplo), existía aquí tal o tal cosa", y una viñeta del edificio, conjunto de edificios, parque, etcétera, que allí existiera. Así se vería a la vez la ciudad nueva y la desaparecida. Vi esto en algunas ciudades de Norteamérica y me pareció una idea delicada y de buen gusto."

*La iniciativa del Sr. Dalmáu nos parece bellísima y se la trasladamos al Sr. Alcalde de Madrid. Otras iniciativas, igualmente interesantes, nos expone nuestro amable corresponsal, y le prometemos tenerlas en cuenta.*

*Creemos poder adelantarle que la Escuela de Cerámica tiene un proyecto parecido al que expone en su carta, y aun que existe algo ya realizado en este sentido. La Junta del Madrid artístico y monumental tiene también el encargo de algo semejante: que es restablecer la antigua y sugestiva nomenclatura de las calles de Madrid, al menos emparejada con la moderna, para que tenga el mismo valor oficial designar a la calle del Turco con su viejo nombre que con el moderno de Marqués de Cubas. El pueblo, con su gran sentido, irá eliminando las nomenclaturas modernas. Con ese gran sentido que permite que muy pocos madrileños sepan cuál es la calle de Nicolás María Rivero y todos sepan cuál es la calle de Cedaceros.*

De D. Cayetano Ortiz, Director del Grupo Escolar "Concepción Arenal", de Madrid (Puente de Toledo):

"Este Centro lleva cuatro años viviendo y nutriéndose de los mismos ideales que ustedes exponen: confianza en el trabajo para reparar los males, sin perder el tiempo en exhibirlos o en lamentarlos; orientación decidida hacia un porvenir más risueño.

Suman ya docenas los escolares que han saboreado aquí las mieles del triunfo en becas, certámenes y otras actuaciones felices; juntos, somos una demostración de lo que puede dar de sí una barriada humilde—la del Puente de Toledo—, con chicos y chicas resueltos como pobres, agudos como madrileños, nobles como españoles; y juntos queremos alentar a usted en la empresa acometida.

Vengan ustedes a esta casa cuando quieran ver reflejado el optimismo en gente menuda, capaz de continuar la historia gloriosa de esta gran Patria, como la sentimos usted, los escritores de CIUDAD y su afectísimo, Cayetano Ortiz."

*Esta conmovedora y hermosa carta del Sr. Ortiz, uno de los más ilustres maestros españoles, colma nuestra satis-*



inteligentes cuyas sugerencias aceptamos e iremos haciendo públicas.

He aquí dos cartas de evidente interés:

De D. José Dalmáu Montaña, Hermosilla, 26, Madrid:

"Señor Director de CIUDAD. Muy Sr. mío: He leído el primer número de su revista, y le felicito. Madrid necesita de una revista como ésta, con el espíritu que a usted anima ya, de ocuparse más de lo nuevo,



facción interior y nos da la medida de que es certero nuestro sentido afirmativo y optimista de la vida española. Hay muchos hombres como él en Madrid y en España. Es cierto, como hemos dicho, que lo bello, lo noble y lo afirmativo de España reside en todas las capas económicas de nuestra sociedad, y más en la más numerosa. Prometemos al Sr. Ortiz y a toda la ciudad infantil, que rige como un patriarca risueño en un borde de la ciudad, una visita detenida y afectuosa. La mejor pompa gráfica de nuestras páginas será para esos madrileñitos y para su maestro.

## S E D E R I A S L Y O N

Carrera de San Jerónimo, número 30

COMENZARA EN BREVE A PUBLICAR EN ESTAS MISMAS PAGINAS, CADA SEMANA, UNA FOTOGRAFIA DE LAS PIERNAS DE UNA FAMOSA ARTISTA DE NUESTROS ESCENARIOS, CALZADAS CON LAS FAMOSAS MEDIAS "SELY"

"SEDERIAS LYON" ENTREGARA A CADA CLIENTE UN BONO, CON UN ESPA-



CIO EN BLANCO, PARA QUE EN EL PUEDA ANOTAR EL NOMBRE DE LA ARTISTA A LA CUAL CREA QUE PERTENECEN LAS PIERNAS A TODOS LOS QUE ACIERTEN, "SEDERIAS LYON" REGALARA UN PAR DE SUS FAMOSAS MEDIAS "SELY"

LEA USTED EN LOS PROXIMOS NUMEROS LAS CONDICIONES DE ESE SINGULAR E IMPORTANTISIMO CONCURSO

## S E D E R I A S L Y O N

C a r r e r a d e S a n J e r ó n i m o , n ú m e r o 3 0

# TREN DE ONDAS

P O R

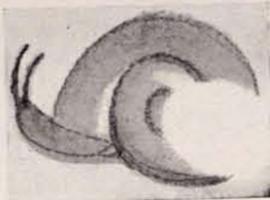
# ALFONSO REYES

U N A F I R M A M E X I C A N A

D I B U J O S

D E

E S P L A N D I Ú



## PADRE AMATEUR

(EXPLICACIÓN: El padre profesional se preocupa por su hijo, se amarga a sí mismo la vida y se la amarga a su hijo. El padre *amateur* goza de su hijo, y lo hace feliz.)

Hay días en que mi hijo está como inspirado. Crece sobre mí, y yo le pertenezco y lo sigo. Un tono voluntarioso, con mucho de mala educación, pero también con algo de certeza divina. He querido hoy mostrarle la posada de mala muerte, la cuadra en que Artagnan dejó casi reventada su jaca, y, mudando cabalgadura, salió otra vez a todo correr, arrancando chispas a las piedras. He querido ser su *cicerone*—y él es quien me guía!

La posada del Compás de Oro se encuentra en la *rue* de Montorgueil, junto a los mercados. Conserva su aire novelesco, sucio, despeinado, viejo-París. Hombres con zuecos, almohazan, caballos de doble alzada. Los últimos coches de alquiler se refugian por los rincones. Mírase algún auriga de charolada chistera, que rebrilla con la humedad. El patio es una llaga gris en el corazón de una manzana de viejas casas. Y esas ventanitas de otro tiempo, tan inesperadas, por donde parece que nos espían.

—De modo—observa mi hijo—, que cuando Carlos saltó sobre su caballo...

—¿Carlos?

—Si hombre, Carlos!

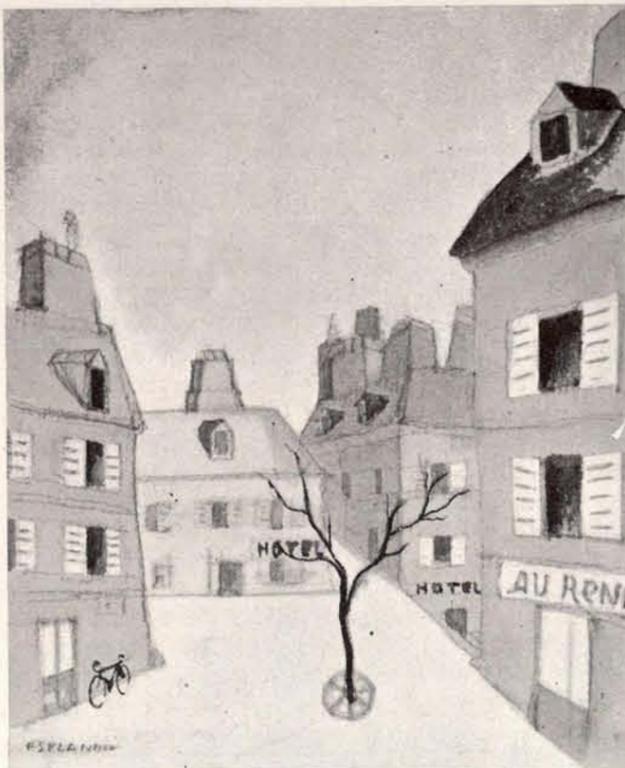
—Me dice con una impaciencia ya de erudito: ¡Artagnan se llamaba Carlos!

Y el bibliotecario que hay en mi corazón agradece, embobado, esta bofetada filial.

De allí, mi hijo me arrastra hacia la fonda, a pocos pasos, porque ha llegado la hora de almorzar. Un vistoso caracol dorado alarga los cuernos sobre la enseña, que dice: "Al Escargot." Lugar conocido de prudentes, frecuentado de gente sabia. En la vidriera, unos caracoles, y unos letreros humorísticos que abren el apetito: "Caracoles criados con biberón."

Mi hijo es quien ordena la minuta, ante mi admiración y mi éxtasis:

—Caracoles, sopa de cebolla, venado con puré de castañas, sufflé al kummel.



Y yo añado con timidez:

—Y media Cortón, cosecha del quince.

Los caracoles tardan; ellos saben lo que hacen. Desde la cocina nos llega ese ruido peculiar, como de castañuelas de España. Y mi hijo formula su impaciencia en manera de refrán árabe. Dice el refrán: "Oigo el ruido de la aceña, pero no veo la harina."

Y mi hijo:

—Los oigo aplaudir, pero nos los veo salir a escena.

Y yo me acuerdo—¡oh maestro Rivas!—de la única fábula de Fedro que acerté a aprender en lengua griega, la del hijo del campesino que asaba caracoles y los oía chirriar: ¡Oh, kákista zóoa!

¡Oh perversos animalitos que cantan, como el incendiario fraudulento, mientras sus casas se están quemando!

## M A T R I C U L A

Cosas y personas de una edad, contemporáneas ni en saber ni en gobierno, algunas conozco.

El poncho que todavía tiendo de sobrecama vino a casa cuando yo nací, y ha sido objeto mío desde entonces. Acompaña mis fortunas y viajes. Tan raído se va quedando. Tan calvo está como yo mismo, y de igual humor. Suele servirme contra el frío de las excursiones en *auto*. Me hace de cama rústica o de mantel improvisado en el campo. Tiene un color de tigre, dorado y enrojado a fuego. Lo veo como parte de mi epidermis, cónyuge de mis costumbres. Ni lo quiero ni lo aborrezco; no lo siento ya. Se prepara a morir conmigo, y así acelera solícitamente su ruina, porque los hombres nos quemamos más de prisa que nuestras mantas. En él he escondido intentos y pecados. Por él se dijo: "Debajo de mi manto, al rey mato." El es mi capa, de que hago, cuando quiero, un sayo. El es mi capa que todo lo tapa. El es todo lo que dicen de él los refranes. Y hasta se llama *Poncho*, como yo mismo en el diminutivo de mi tierra natal.

Asegura Jean Giraudoux que él y la torre Eiffel son contemporáneos. Cuando nacieron no los entendían ni los apreciaban en los justo los sentimenteros de aquel entonces. Parecían demasiado geométricos, demasiado ideológicos, demasiado precisos. Poco a poco se fueron llenando con la música de las esferas, vibraron estelarmente por todos los huesos del armazón, e inventaron la telegrafía sin hilos, la antena, el anuncio Citroën. Rectifico a Jean Giraudoux, que aquí se me quita siete años de una vez. Paul Morand, Waldo Franck y yo sí que nacimos con la torre. Y yo sí que puedo afirmar que hubo un tiempo—aunque ahora nadie

me lo crea—en que la torre Fiel y yo éramos de la misma estatura.

Hoy no puedo hombrear con ella ni con ellos; pero nos ata la cifra y estamos sembrados en la misma capa geológica del tiempo.

## LOS CALLADOS

"Nihil me mutum potest delectare", decía en sus "catilinarias" (III-II) el facundo Cicerón. Sólo le agradaba lo gárrulo. Por su parte, Casanova, con toda su experiencia, encontraba que la palabra y el amor son inseparables, y confesaba que él no hubiera podido amar a una mujer muda. Grande es el riesgo, para esta especie de amantes, de incurrir en la afición a las marisabidillas, las bachilleras, la peor fauna que se encuentra en todo el jardín de las caricias. Pero el siglo XVIII palabreaba mucho en torno al amor, llegaba al éxtasis empujado por una columna de razonamientos y trepaba hasta el frenesí por la escalera de una sorites. El placer de la persuasión iba mezclado con el otro. En "Les liaisons dangereuses", la gente se tiende lazos con discursos.

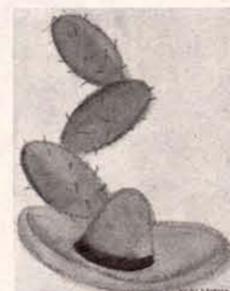
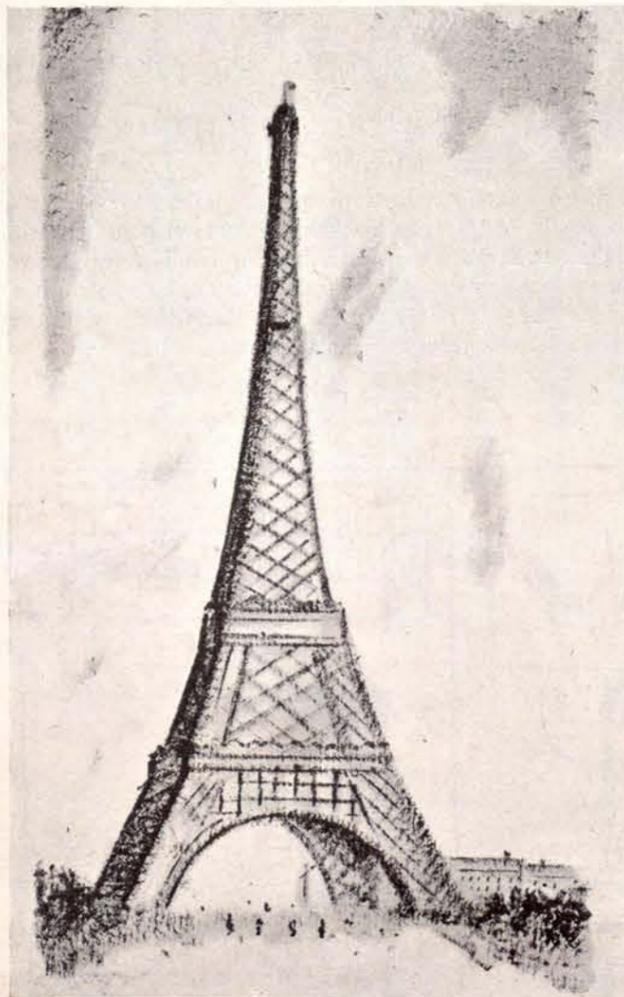
Don Juan Valera, que sabía mucho, aseguraba que en aquello del Arte Amante tanto entiendo el último gañán como el Arentino. Y parece—lo he oído decir—que el último gañán las prefiere siempre calladitas ("cierra la boca y abre los ojos"), porque "ansina se gastan menos", como comentan los vaquerizos de mi tierra. Supo bien lo que hacía el que se desposó con una muda.

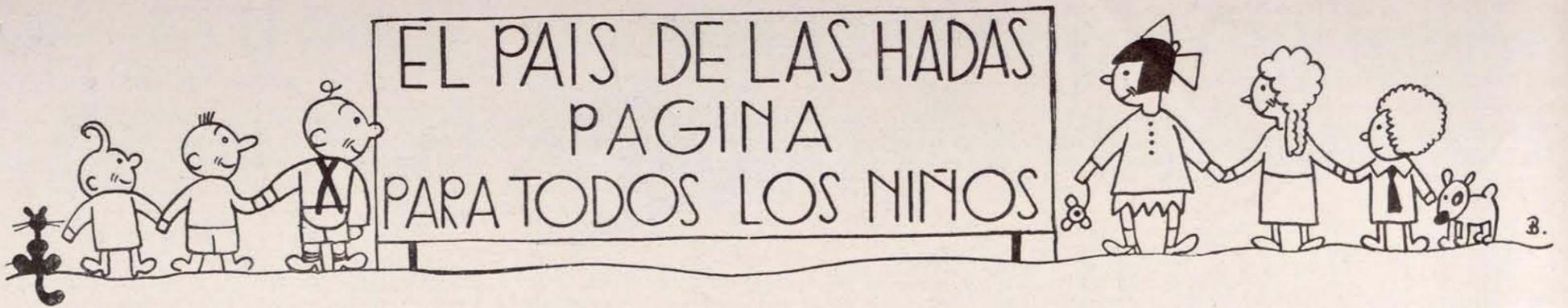
El hablar de sobra es al hablar preciso lo que el ruido es al sonido: una agitación irregular, una energía pobre. Y el hablar preciso se corresponde con el callar como se corresponden en la ondulación perfecta los senos con los nodos. Maurois, en su "Disraeli", dice que este joven de frases cabales contrastaba con cierto vicio del coloquio inglés que por aquel tiempo daba en sustituir con un gesto el verbo esencial de las oraciones. En el "Calendario" ("Tópicos de café") he caricaturizado ciertos vicios y vaguedades semejantes del coloquio madrileño. Por contraste, Ramón Gómez de la Serna encontraba muy precisa la conversación de los mejicanos recién llegados a Madrid, Martín Luis de Guzmán entre ellos. Acaso esta precisión sea el premio de cierta tendencia a callar que está en la raíz de lo mejicano. Véase, en efecto, cómo lo entendían nuestros indios, hijos predilectos del pudor:

El obispo de la Puebla de los Angeles, D. Juan de Palafox y Mendoza, dice en sus "Virtudes de los indios" (siglo XVII) que era tanto el mutismo de los antiguos mejicanos, "que así estuvieran dos horas aguardando audiencia y se juntaran treinta en la sala de espera, ninguno rompía el silencio. Entre ellos el hablar es preeminencia tan grande, que es señal de superioridad, como lo es de inferioridad y obediencia el callar. Para decir a uno "superior", le llaman "tlatoani", que quiere decir "el que habla", "el que tiene jurisdicción para hablar".

No sé qué pensarían los antiguos griegos, que desconfiaban tanto de la gente callada. El indio, según Palafox, es callado hasta para declarar sus sentimientos amorosos, lo que parece un colmo: "El indio mexicano mancebo que pretende casarse con alguna doncella india, sin decirle cosa alguna, ni a sus deudos, se levanta muy de mañana y le barre la puerta de la casa. Y, en saliendo la doncella con sus padres, entra... y limpia todo el patio; y otras mañanas les lleva leña, otras, agua; y, sin que nadie le pueda ver, se la pone a la puerta. Y de esta manera va explicando su amor y mereciendo, descubriéndose cada día más en adivinar el gusto de sus suegros, obrándolo aun antes que ellos le manden cosa alguna. Y esto, sin hablar palabra a la doncella ni concurrir en parte alguna en su compañía, ni aun osar mirarla al rostro, ni ella a él. Hasta que los parientes les parece que ha pasado bastante tiempo y que tiene méritos y perseverancia para tratar de que se case con ella. Y entonces, sin que él le hable en ello, lo disponen."

Galantería del silencio, que todavía encontramos en la urbanidad de los "tarahumaras". Cuando el "tarahumara" visita a su vecino, no se anuncia, no entra, sino que se sienta a la puerta de la casa, de espaldas y haciendo que mira a otra parte. El vecino, que lo advierte, sale como de casualidad, "como quien no quiere la cosa". Se saludan, hablan del tiempo, dejan pasar un rato ceremonial. Al fin, el vecino se atreve a insinuar: "¿Por qué no entras a casa, para que sigamos conversando?" Y el visitante, con un suspiro de timidez: "¡Vaya! Entraré..."



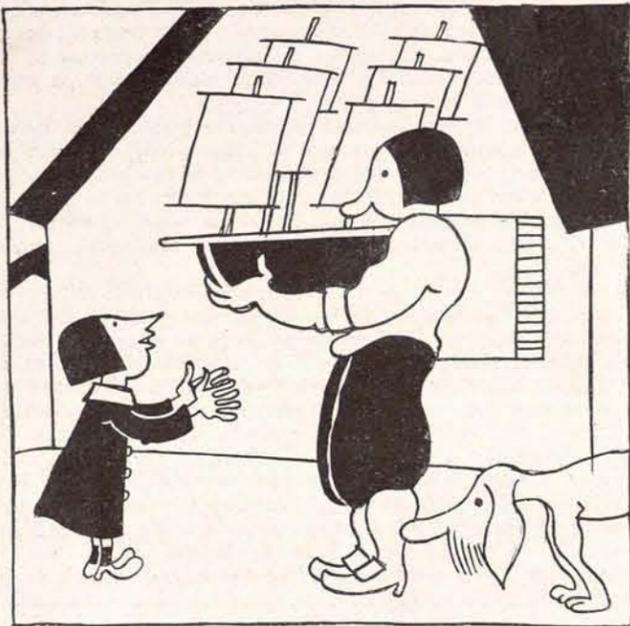


# RIP VAN WINKLE

Por WASHINGTON IRVING

(Continuación.)

Lo cierto es que era el favorito de todas las comadres de la aldea, que, como las demás de su amable sexo, tomaban parte en todas las querellas domésticas y nunca dejaban de censurar a la señora Van Winkle. Los chicos de la aldea le aclamaban también alegremente cuando se presentaba. Tomaba parte en sus diversiones, les fabricaba juguetes, les enseñaba a jugar y les refería largas historias de aparecidos. Fuera como quisiese, rodeábale una turba de pillue-



los colgándose de sus faldones, y ni un solo perro del vecindario se habría decidido a ladrarle.

El gran defecto del carácter de Rip era su aversión insuperable a toda clase de labor provechosa.

Declaraba, en efecto, que resultaba inútil trabajar en su propia alquería: era el más endiablado trozo de terreno en todo el país; cualquier cosa que se emprendiera salía mal allí, y saldría siempre, a pesar de sus esfuerzos. Los cercos se caían en pedazos continuamente; su vaca se extraviaba o se metía en las coles; la mala hierba crecía de seguro más ligero en su finca que en cualquiera otra parte; llovía justamente cuando él tenía algo que hacer a campo abierto; de manera que si su propiedad se había desmoronado acre por acre, hasta quedar reducida a un pequeño trozo para la siembra de maíz y de papas, debía a que era la granja de peores condiciones en toda la comarca.

Sus chicos andaban tan harapientos y selváticos como si no tuvieran dueño. Su hijo Rip era un rapazuelo vaciado

en el mismo molde. Veíasele ordinariamente trotando, como un potrillo, a los talones de su madre.

Rip Van Winkle era, sin embargo, uno de aquellos felices mortales de disposición fácil y bobalicona que toman el mundo descuidadamente, comen con la misma indiferencia pan blanco o pan moreno, a condición de evitarse la menor molestia, y preferirían morir de hambre con un penique a trabajar por una libra.

El único aliado con que contaba Rip en la familia era su perro Wolf (lobo), tan maltratado como su amo, pues la señora Van Winkle censuraba a ambos compañeros de ociosidad, y aun miraba a Wolf con malos ojos, considerándole culpable de los frecuentes extravíos de su dueño. La verdad es que, desde todo punto de vista, era Wolf un perro honorable, y valeroso como el que más para corretear por los bosques; pero ¿qué valor puede afrontar el continuo y siempre renovado terror de una lengua de mujer? Apenas entraba Wolf en la casa, decaía su ánimo, y con la cola arrastrando por el suelo o enroscada entre las piernas, deslizábase con aire de ajusticiado, mirando de reojo a la señora de Van Winkle, y al menor ademán de la dama de blandir un palo de escoba o un cucharón, volaba a la puerta con quejumbrosa precipitación.

Las cosas iban de mal en peor para Rip Van Winkle a medida que transcurrían los años de matrimonio. El carácter desapacible nunca se suaviza con la edad, y una lengua afilada es el único instrumento cortante que se aguzza más y más con el uso continuo. Por algún tiempo trató de consolarse en sus escapadas fuera de la casa, frecuentando una especie de club perpetuo de los sabios, filósofos y otros personajes ociosos del pueblo, que celebraban sus sesiones en un banco a la puerta de un pequeño mesón que ostentaba como enseña un rubicundo retrato de su majestad Jorge III.

Las opiniones de esta junta se sometían completamente al criterio de Nicholas Védder, patriarca de la aldea y propietario del mesón, a cuya puerta sentábase de la mañana a la noche, cambiando de sitio lo justamente indispensable para evitar el sol y aprovechar la sombra de un gran árbol que allí crecía; de manera que los vecinos podían medir la hora por sus movimientos con tanta exactitud como por un cuadrante. Verdad es que rara vez se le oía hablar, pero, en cambio, fumaba su pipa constantemente. Cuando le disgustaba algo de lo que se leía o refería, podía observarse que fumaba con vehemencia, lanzando frecuentes y furiosas bocanadas; pero cuando estaba satisfecho, arrancaba suaves y tranquilas inhalaciones, emitiendo el humo en nubes plácidas y ligeras.

Pero aun de esta fortaleza se vió desalojado el infortunado Rip por su agresiva mujer, quien atacó repentinamente la paz de la asamblea, volviendo polvo a todos sus miembros; y ni la augusta persona de Nicholas Védder quedó a salvo de la atrevida lengua de la terrible arpía, quien le acusó de alentar a su marido en sus hábitos de ociosidad.

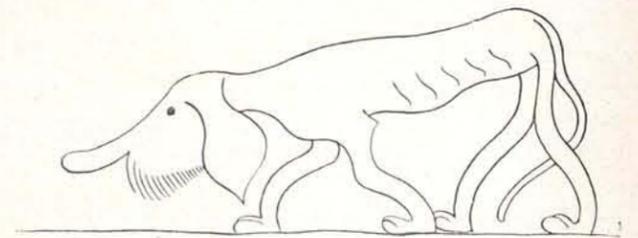
El pobre Rip vióse, al fin, en los umbrales de la desesperación, siendo su única alternativa, para escapar del trabajo de la alquería y de los clamores de su mujer, coger su fusil e internarse entre los bosques. Sentábase allí, a veces, al pie de un árbol, y compartía el goce de sus alforjas con Wolf, con quien simpatizaba como compañero de

miserias. “¡Pobre Wolf—acostumbraba a decir—, tu ama te da una vida de perro; pero no te importe, compañero, que mientras yo viva no te faltará un fiel amigo!” Wolf movía la cola, miraba de hito al rostro de su dueño; y, si los perros pudieran sentir piedad, creería yo verdaderamente que experimentaba en el fondo de su corazón un sentimiento recíproco al que expresaba su amo.

En un hermoso día de otoño, en que llevaba a cabo una de sus largas correrías, trepó Rip, inconscientemente, a uno de los puntos más elevados de las montañas Káatskill. Proseguía su distracción favorita, la caza de ardillas, y aquellas soledades habían retumbado varias veces al eco de su fusil. Fatigado y jadeante, echóse, hacia la tarde, a descansar en la cima de un verde montecillo cubierto de vegetación silvestre y que coronaba el borde de un precipicio. A través de un claro entre los árboles, podía dominar toda la parte baja del terreno en muchas millas de rica arboleda. Veía a la distancia, lejos, muy lejos, el majestuoso Hudson, deslizando su curso potente y silencioso.

Por el otro lado, hundía sus miradas en un valle profundo, salvaje, cuyo fondo estaba sembrado de fragmentos amenazadores de rocas alumbradas apenas por la refracción de los rayos del sol poniente. Por algún tiempo reposó Rip, absorto en la contemplación de esta escena. La noche caía gradualmente; las montañas comenzaban a tender sus grandes sombras azules sobre el valle; Rip comprendió que reinaría la obscuridad mucho antes de que pudiera regresar a la aldea, y lanzó un hondo suspiro al pensar que afrontaría la temida presencia de la señora Van Winkle.

Cuando se preparaba a descender, oyó una voz que gritaba a la distancia: “¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!” Miró en torno suyo, pero sólo pudo descubrir un cuervo, cruzando la montaña en vuelo solitario. Creyó que hubiera sido una ilusión de su fantasía, e iniciaba de nuevo el descenso, cuando llegó hasta él idéntico grito: “¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!” al mismo tiempo que Wolf, erizando el lomo y lanzando un ladrido concentrado, refugiábase al lado de su amo, mirando temerosamente al valle. Rip sintió que una vaga aprensión se apoderaba de su espíritu; miró ansiosamente en la misma dirección, y

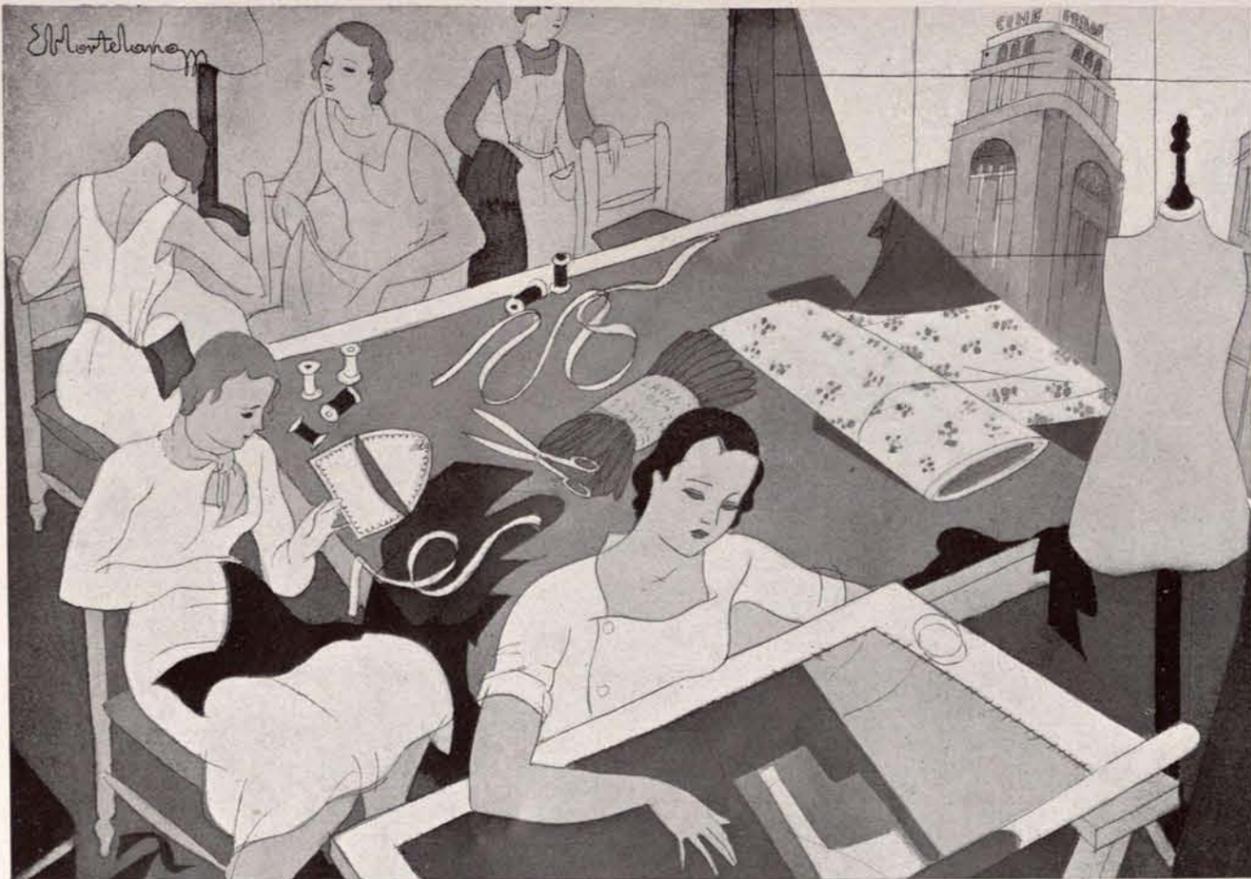


advirtió una figura extraña que avanzaba con dificultad en medio de las rocas, inclinándose bajo el peso de cierto bulto que llevaba en sus espaldas. Sorprendióse Rip de ver un ser humano en aquel lugar desierto y aislado; pero, juzgando que pudiera ser alguien del vecindario necesitado de su ayuda, se apresuró a brindarle su asistencia.

(Continuará en el próximo número.)



DIBUJOS DE  
ENRIQUE  
HORTELANO



ESPECIALES

PARA

"CIUDAD"

Ya no trabaja como trabajaba antes la mujer madrileña. Trabaja tanto, pero de otra manera. Trabaja más alegre y graciosamente. Y, además, se viste mejor y ha afinado su materia.

En muchas cosas, Madrid ha cambiado su fisonomía. Treinta años de zarzuela, de la "cuarta de Apolo" y de casticismo provinciano han sido barridos en poco tiempo por el aire de la Sierra. Esta Sierra, que era como un misterio y un monstruo cuando la hacía versos Enrique de Mesa y llevaba a ella sus chicos D. Francisco Giner. El Pardo estaba, para los madrileños, tan lejos como Arequipa. Tan lejos, tan lejos, que ir allá significaba emprender un viaje peligroso. Por eso había tres ferrocarriles en el mundo que, de vez en cuando, sufrían unas terribles crisis económicas y acababan por parar. El Transandino, el Transiberiano y el de Madrid a El Pardo. Los dos primeros, mal que bien, han podido resistir. El de Madrid a El Pardo sucumbió a los gastos de explotación. El Pardo estaba lejísimo.

Como una de las cosas a que menos resiste el "casticismo" es al olor de nafta quemada, es la nafta quien ha espantado, con su vuelo lento como de avutarda, al último pañuelo para la cabeza y al último chal "alfombrado". Parece que este vuelo les ha sido muy grato a las modistas madrileñas, que unas pocas veces al año transigen con el mantoncillo de crespón, tan semejante al de sus colegas venecianas.

La modista madrileña va a la Sierra, se maquilla bien y se viste con discreción y buen gusto. No tiene que envidiar nada; antes bien, da muchos motivos de envidia a sus compañeras de la rue de la Paix y de la Avenue des Champs-Élysées.

Por encima de todas estas prendas externas, puede, además, la modista española, que trabaja en talleres limpios y claros, abiertos sobre geometrías modernas de pequeños rascacielos y luces de neón, exhibir su constitu-

## LA MUJER ESPAÑOLA TRABAJA

POR

" K I M "

ción moral admirable. Ha resistido con una sonrisa, detrás de la cual muchas veces se escondía, si no el hambre, algo parecido, la ola de materialismo y de chabacanería que azotó al mundo después

de la guerra. La grande reacción moral que se observa en la sociedad europea ha cogido a la trabajadora del obrador español, dueña de sí, sin haber perdido una sola de sus prendas morales de heroísmo, abnegación y virtud. El agua, el jabón, la pizca de colorete, la media fina de malla, el figurín más moderno, el aire deportivo y el gracejo, saben ellas muy bien que no daña, sino realza el fuerte espíritu immaculado de la mujer española.

La Gran Vía de Madrid, las anchas calles arboladas del barrio de Salamanca o del barrio del Museo se decoran con las gentiles figuras de las artesanas elegantes. Ellas son una prueba más de lo que es el orgullo de nuestras páginas: haber afirmado que un signo señorial preside el destino de los españoles en cualquier capa económica.

Mala época, pues, para los bailes cerrados, donde todo miasma moral y material tenía su cultivo. Mal año para las verbenas y las apreturas urbanas. Mal año para bandolinas y zaragatonas. Mal año para los corsés de ballenas y para el café con media. Estas chicuelas que han acercado a Madrid la Sierra han acabado con el piropo zafio, porque un empaque señorial, el agua de espliego, una frente despejada y un corazón limpio espantan la polla y el pecado.

La modista madrileña, artesana europea, tiene su pareja. El artesano que hace músculos, compra libros, visita exposiciones y empieza a discurrir por su cuenta y riesgo como tal artesano español. Hay otro viento propicio que empieza a barrer de frentes varoniles muchos lugares comunes. Ya hablaremos de esto.

Cada uno de esos mozos que lleva el "mono" de mecánico con la dignidad de un peplo o de una toga, cumple una gran misión.

